

EL ORDEN DE LOS FACTORES
(NOVELA POLICIAL)

PEDRO RANGEL MORA

Para Pedro Sánchez y Rafael Zamora.

Admiro al príncipe que leía un libro y cuando el verdugo le tocó el hombro y le dijo que había llegado la hora, se puso de pie, deslizó un cortapapel entre las páginas para señalar el pasaje y cerró el libro”.

El Bosque de la Noche: Djuna Barnes.

“Si voy a buscarlo, justamente hoy, con este tiempo sucio, sin que nada me impida postergar el viaje a no ser la superstición de que un ciego movimiento perpetuo pueda fatigar a la desgracia...”

El Astillero: Juan Carlos Onetti.

Diario: El Límite. Fecha: 6 de agosto de 1989.

Titular: El Misterio de las Muertes de los Tres

Abogados

Por M J P

Un gran revuelo se ha suscitado en nuestra ciudad en razón a los homicidios de los tres abogados ocurridos en la semana anterior, sin que hasta el momento las autoridades hayan conseguido indicios que conduzcan a la detención de los responsables. El día de ayer, viernes, una semana después del último asesinato, el inspector Jefe de la Policía Judicial sólo parecía estar seguro de que las tres muertes están relacionadas, pues así lo declaró en rueda de prensa.

La primera víctima fue el doctor Pablo Ruiz Pinto, conocido profesor universitario y abogado litigante, miembro de una ilustre familia de la localidad, cuyo cuerpo fue descubierto en su automóvil la mañana del día lunes veinticinco de julio, con un disparo en la boca. La noche siguiente, en la madrugada del martes, fue ultimada la bailarina Ofelia Viera La Rosa, quien dirigía un grupo de danza en la Universidad de los Andes, no habiendo ejercido nunca su profesión de abogada para dedicarse por entero al arte; el cadáver fue descubierto

en su casa por la encargada de la limpieza, desgarrado por tres certeras puñaladas. El último de los crímenes fue cometido en la persona del doctor Leovigildo Hernández, quien se hizo tristemente célebre el año pasado por haber asesinado un estudiante, suceso que trajo como consecuencia una ola de disturbios y saqueos en la ciudad; Hernández falleció al ser atravesado por un punzón, el siguiente viernes, mientras se encontraba en la administración de la cárcel donde estaba recluso.

El vínculo que se establece entre los tres asesinatos está basado en la relación sentimental que existía entre Pablo Ruiz Pinto y Ofelia Viera La Rosa; además de la amistad que unía a Leovigildo Hernández con el ya mencionado Pablo Ruiz, quienes se entrevistaban constantemente en el recinto de la Cárcel Pública.

Todo tipo de especulaciones han tejido los habitantes de la ciudad en la búsqueda de una solución que aclare el misterio. La prensa nacional gasta diariamente un importante centimetro cubriendo los pormenores de la historia. Pero las pocas pistas que se han seguido, han caído por su propio peso; por ejemplo, en un primer momento se pensó que la causante de la muerte del doctor Ruiz era su amante Ofelia

Viera La Rosa, la segunda víctima, y aunque ésta no pudo ser interrogada por la Judicial se estableció una coartada perfecta, puesto que estaba con unas amigas en el momento del asesinato. Por otro lado, la participación del doctor Hernández en el asesinato de los dos primeros, está descartada, ya que se encontraba recluido en la cárcel.

En los tres sucesos el homicida, o los homicidas, no dejaron en el lugar del crimen las armas utilizadas para sus siniestros fines.

Mucho se ha hablado sobre la amistad que podía haber entre los Abogados Pablo Ruiz y Leovigildo Hernández, ya que eran considerados, por quienes los conocían, de formas de pensar y actuar antagónicas, puesto que el primero se distinguía por una conducta intachable. También se ha hablado de una extraña afición desarrollada por Ofelia Viera La Rosa, consistente en un gusto morboso por las historias de crímenes, historias como la de que terminó formando parte.

Podríamos continuar citando hechos como los referidos anteriormente, pero sin que ninguno de ellos nos lleve a una pista que nos permita resolver el misterio que encierra este triple crimen, que parece destinado a convertirse en un

cangrejo (caso sin resolver: en el argot policial), como tantos otros a los que estamos acostumbrados. Sin embargo, a última hora se supo, por boca del propio ministro de Justicia, que las autoridades están dispuestas a llegar “hasta las últimas consecuencias” en la solución de este sonado caso.

Es una tarde de sol radiante, de calor. Tarde de Domingo. Por la, casi desierta, Avenida Andrés Bello baja un Chevrolet azul marino. El Negro Rosendo, con intraficables lentes oscuros, lo conduce. A su lado viaja el Abogado Rubén Fariñas. En el asiento trasero, va el doctor Luis Alfonso Viera, acompañado por el juez Pedro Ruiz.

El automóvil desciende raudo por la angosta y solitaria calle principal de La Parroquia. Al pasar por la Plaza Bolívar, Rubén observa a los niños jugando; sonrío, no puede evitar citarse en ese mismo lugar, no hace muchos años, de pantalones cortos, lanzando al aire su trompo sedita. Muy pocas son las palabras que los cuatro hombres intercambian. Distintas son las sensaciones que sus mentes registran; la fría expectativa del Negro Rosendo, la mezcla de miedo y satisfacción de Rubén, la resignación del juez, el dolor del médico. Los cuatro se hacen las mismas preguntas: ¿Si Ofelia y Pablo decidieron darse muerte, puede ser posible que hayan escogido el mismo asesino para llevar a cabo sus planes? Rubén aduce que en una ciudad como Mérida, pequeña, de un ambiente universitario y no comercial, no debe haber varios sicarios de la muerte, e incluso su existencia es rara, y seguramente única, lo que hace comprensible la coincidencia. Sin embargo, ninguna respuesta habían podido darle a la participación y posterior muerte de Leovigildo Hernández. ¿Otra coincidencia?

Pero las respuestas deben estar al final de la avenida que conduce a la urbanización Los Curos, cuyo rumbo lleva el Chevrolet azul marino.

Al llegar, Rosendo señala la casa que sobresale de la larga serie por sus innumerables reformas: altísima reja externa, garaje techado, ventanas de cristal

con marcos de madera, faros de luz, frisado fuera de relieve, colores contrastantes. Rosendo baja del carro con un periódico en la mano. Rubén toma su lugar al volante. Ven cuando un niño atiende al llamado del timbre desde el interior de la reja. El niño entra corriendo, simulando con los brazos el vuelo de un planeador. En el interior del auto, la temperatura asciende con la espera, y el sudor humedece el rostro de sus ocupantes. Después de un rato, la figura inmensa y desgarrada del sargento Uzcátegui, se acerca hasta la puerta de la reja. El Negro Rosendo levanta el periódico y le muestra una pistola nueve milímetros, que tapa inmediatamente. El sargento, vestido con una franela blanca, pantalón verde oliva, y pantuflas, toma la cadenita amarilla que cuelga en su cintura hasta el bolsillo, y hala un pequeño manojito de llaves, introduce una en la cerradura y abre. Rubén acerca el automóvil hasta la casa, el juez abre la puerta delantera. Rosendo empuja al guardia dentro del carro y se sienta a su lado. El guardia chilla:

-Qué están haciendo, hijoeputas?

-Nada que usted no haya hecho antes.

Le dice Rosendo haciéndolo callar presionando con el arma en las costillas. Rubén parte a toda velocidad rumbo a la carretera Panamericana. La tensión y el silencio se hacen insoportables, el trayecto, de por sí largo, interminable. Los ancianos hacen un esfuerzo para controlar las sensaciones que los invaden. El juez sufre un fuerte mareo, pero los demás están demasiado ocupados para notar su palidez. Un letrero que señala: Urbanización Santa Ana, indica el fin del

camino. Rubén entra y busca la casa de Ofelia escondida entre el verde intenso de los bucares. El médico baja primero y abre las puertas de la casa apresurado; al entrar el sargento, Rosendo le pregunta:

-¿Conoce la casa, no es verdad?

Todos entran. Rubén cierra las cortinas de los ventanales. Llevan al cautivo a la cocina, al fondo de la casa; el juez corre un sillón a rastras y le ordena al guardia que se siente; Rosendo se da a la tarea de amarrarlo con el hilo del mismo nylon que él mismo trajo.

-¿Qué quieren? ¿Quiénes son? -pregunta insistentemente el guardia sin escatimar insultos.

Como habían acordado, Rubén dirigía el interrogatorio, ayudado por los demás, pero siempre siguiendo la línea temática que él planteara: sin proporcionarle al interrogado datos sobre otros puntos.

El gorjeo de los pájaros proveniente del jardín, desaparece ante la voz pausada y abaritonada de Rubén:

-Muy bien, ¿Quiere saber quiénes somos? El señor a mi derecha es el doctor Pablo Ruiz, Juez Superior Penal de Mérida, padre de Pablo Ruiz. A mi izquierda está el doctor Luis Alfonso Viera, directivo del Hospital Universitario e importante dirigente del partido de gobierno, padre de Ofelia Viera. El señor que

está a su espalda, es, digamos... un especialista que contratamos para este caso. Y yo soy Rubén Fariñas, abogado penalista, socio del doctor Pablo Ruiz que usted ¡tan bien! conoció...

El guardia permanece callado, escuchando; por sus largas patillas blancas y sus mostachos comenzaron a rodar gotas de sudor, sin que su rostro duro e inexpresivo mostrara algún cambio.

Rubén continúa:

-Como debe haberse dado cuenta, al entrar en esta casa, nosotros sabemos que usted asesinó a Ofelia Viera en la sala...

-¡Pruébemelo! -interrumpe el sargento.

-Es muy fácil, cometió un grave error -dice el médico-. El semen es como una huella digital que usted dejó. Bastó sólo comparar el análisis de su esperma con el estudio de su sangre que aparece en el historial médico en el hospital, para saber que usted era el asesino. Y por si fuera poco, tenemos la confesión que usted hizo al psiquiatra del hospital, a cuya consulta asistió en dos ocasiones...

El guardia permanece quieto, fija su mirada en algún punto de la pared, mientras Rubén asegura:

-Como ve, de ésta no se escapa, con tantas pruebas y con las influencias de los doctores aquí presentes, no hay juez que lo suelte. Sólo queremos que nos ayude a aclarar ciertos detalles. Queremos saber quién le pagó para matar a Ofelia Viera.

El sargento continúa distante, como si no le hablasen a él. Sus secuestradores se miran las caras interrogativamente. Rubén hace una señal con la cabeza al Negro, que se encuentra a la espalda del cautivo, quien sin pensarlo dos veces le da un fuerte manotazo en el oído derecho. El guardia reaccionó furioso, dando saltos a pesar del sillón, tratando de liberarse, dando bramidos de desesperación al no lograrlo. Todos se echan hacia atrás sorprendidos. Después de un par de minutos de jaleo el sargento se tranquiliza. Mira uno a uno los rostros de sus captores, como memorizando sus facciones, con rabia contenida.

El juez toma la palabra:

-Usted está perdido, Uzcátegui. ¿Cómo va a justificar ante un tribunal el carro lujoso que compró, el reloj de oro que tiene en la muñeca, esas cadenas? Sólo la cadena del cuello debe valer un año de su sueldo.

-La llaman guaya, doctor, y si quiere podemos ver qué tan resistente es - propone Rosendo envalentonado.

El sargento sigue callado.

El médico, haciendo gala de fortaleza interna y de una frialdad ajena a su comportamiento habitual, se acerca al prisionero y posa violentamente sus manos sobre las suyas, atadas en los brazos del mueble, y cara a cara, mirándolo a los ojos, le dice:

-Usted sabe que soy médico, y por lo tanto conozco más de mil maneras dolorosas de hacerlo hablar.

Inclinado sobre el sargento, el doctor Viera busca en los dedos del cautivo una uña de cada mano, y apretándolas fuertemente, sin quitarle la mirada fija, le dice:

-Existe un viejo dicho de torturadores, usted lo debe conocer: “la verdad está bajo las uñas”.

El guardia suelta una carcajada y exclama:

-¡No se atreverán, ustedes no...!

No terminó de decir la frase, cuando el médico balanceando su cuerpo, toma impulso y regresa violentamente para propinarle un fuerte golpe en el rostro con su frente. El sargento Uzcátegui cayó hacia atrás atado al sillón, golpeándose la cabeza con el piso, ante la mirada de sorpresa de los tres espectadores que aterrados presencian cómo se le hincha la nariz, y cómo la sangre comienza a manar por las ventanillas. El hombre queda dando pequeños saltos compulsivos, hasta que al fin pudo chillar:

-¡Coño... Hablaré, está bien, hablaré...!

Rubén da un salto y levanta al sargento para colocarlo en la posición original. El Negro Rosendo busca nerviosamente con su mano derecha, en el bolsillo de su camisa, un cigarrillo, olvidando el que tenía encendido en la mano izquierda. Un momento después, con la respiración entrecortada, y la nariz tomándose morada, el guardia ruega:

-Quítenme las cabuyas, me están cortando...

Rubén da un paso para cumplir el pedido, pero el juez lo detiene razonando:

-Después que hable lo soltaremos.

Y explicando a Rubén dijo:

-No tuvo clemencia con sus víctimas, ¿por qué la habríamos de tener con él?

El médico que había permanecido de pie, petrificado, desde su imprevisto acto, inquiere:

-Díganos, ¿quién mandó a matar a Ofelia?

-Leovigildo Hernández.

-¿Por qué razón? -prosigue el médico.

-No sé... Un trabajo que le encargaron... No me dijo quién, y yo no pregunté.

-¿No fue por razones personales de Leovigildo?

-No, fue un encargo.

-¿Cuánto le pagaron? -interroga el juez.

-Yo recibí setenta mil bolos. Leovigildo se quedó con treinta mil...

El médico busca una silla del comedor y se sienta suspirando, sorprendido de sí mismo, agotado. Rubén, anonadado viendo cómo la sangre desciende por la boca y el cuello del guardia, reacciona, y se acerca con su pañuelo a limpiarle el rostro.

Luego de un merecido descanso de los secuestradores y el secuestrado, el juez, en vista del nerviosismo de Rubén, prosigue con el interrogatorio:

-¿Y usted hace los trabajos sin saber quién los encarga?

El guardia, con la camisa blanca manchada de sangre, y con la respiración casi normalizada, contesta:

-Es más seguro así, pues no pueden ligarme con la persona que paga. Leovigildo tampoco decía al cliente quién se iba a encargar de su asunto...

-Pero usted recibió mucho más dinero -observa el juez mirando al médico-. El precio del automóvil, comprado de contado, indica que hizo otros trabajos últimamente. Sabemos que usted le disparó a mi hijo Pablo. Hablamos con la

mujer que le encargó su muerte, nos contó de los sobres con los datos de Pablo y el dinero. Díganos dónde guardó las armas.

El guardia mira confuso al juez y después responde:

-Las armas están en el cuartel... En mi armario, con candado.

-¿Guardó los sobres con lo relacionado a la muerte de Pablo? -insiste el juez.

El guardia duda otra vez y finalmente responde:

-...No.

El médico, que alejado ha ido siguiendo el interrogatorio, se acerca, intuyendo que las piezas no encajan, para intervenir:

-Un momento, aquí hay algo que no está claro. Vamos a cambiar el método: ahora, Uzcátegui, usted nos va a contar con sus palabras la historia completa, desde que lo contrataron, sin omitir ningún detalle.

El guardia mira temeroso al médico, nuevamente parado frente a él, y sin hacerlo esperar comienza:

-Leovigildo me llamó la primera vez, porque le habían encargado lo de la señorita. Me dio la plata, la dirección y una foto. A los dos días, como me había dicho, me mandó otra vez a llamar para otro trabajo... lo del abogado, el doctor Pablo...

Rubén lo interrumpe para preguntarle:

-¿Cómo, entonces no fue una mujer la que le encargó la muerte de Pablo...? ¿También fue a través de Leovigildo...?

El sargento alza los hombros en señal de desdén, y continúa a instancias del médico:

-Ya les dije que yo no preguntaba quién era el que hacía el encargo... Leovigildo pagó por adelantado, que es como yo trabajo, y el domingo siguiente, como no tenía guardia, pasé toda la noche esperando a la señorita, que no llegó. Cuando aclaró, me fui a donde vivía el abogado y lo esperé en el estacionamiento del edificio hasta que bajó para ir a trabajar... Dejé que se montara en el carro, y mientras lo calentaba lo tomé por el pelo para echarle la cabeza hacia atrás, y le disparé en la boca... Por la noche esperé otra vez a la señorita. Llegó como a las tres de la madrugada... Le puse un puñal en el cuello, y entré con ella a la casa...

-¡No siga...! -grita Rubén, sintiendo náuseas y dando media vuelta para correr en busca del lavabo.

El médico, que no se sentía mejor, aprovecha la interrupción para hacerle la pregunta que parece asfixiarlo:

-¿Entonces para qué eran los sobres que la mujer le entregó?

-Eran para contratarme para matar a Leovigildo Hernández. Yo al principio no quería, y entonces le doblé el precio cuando hablamos por teléfono, pero ni siquiera regateó. Después me mandó la plata con la mujer rara.

Otra vez, sorprendidos, se miraron los ancianos. A lo lejos se escuchan las arcadas de Rubén. El Negro Rosendo, que se había convertido en un convidado de piedra, mira a los dos viejos, sin comprender mucho. El médico, escapando por un instante de los pensamientos que lo absorbieron, le pide que afloje las ataduras al guardia, que ya laceraron la piel de sus brazos. Rosendo, con la pistola en la cintura, comienza a soltarlo.

Lentamente va haciendo el viaje inverso del nylon, desde los pies hasta llegar al tronco, a los brazos. Cuando está a punto de terminar, el guardia da un salto felino del sillón, para salir corriendo de la cocina buscando la puerta principal. Rosendo no atina ni a tomar el arma, el juez y el médico no comprenden en un primer momento lo que ocurre. Cuando reaccionan y lo siguen ya era tarde, apenas alcanzan a ver al fugitivo desde el porche de la casa, corriendo contra el verde de los jardines que escoltan el sendero de asfalto, entre la luz amarillenta del sol del atardecer.

La mirada del médico quedó fija en el vacío, como buscando alivio en las flores del jardín de Ofelia.

Rubén sale junto al Negro haciendo preguntas:

-¿¿Dónde está?! ¿Qué pasó?

-Parece, si es que entendí bien, que Ofelia y Pablo no sólo se mataron entre ellos, sino que planearon la muerte de Leovigildo... -contesta el juez.

-Eso no tiene sentido -refuta Rubén.

-Sí, no tiene sentido... -repite el médico para sí mismo.

Los cuatro hombres quedan en silencio, retraídos, dibujando en la puerta de la casa un extraño cuadro de ausentes, hasta que el paso lento, zigzagueante, de un gato gris entre sus piernas, los atrajo a la realidad.

Con los ojos en el gato, rompiendo el silencio, el juez le habla al médico:

-Es mejor así, qué íbamos a hacer con él... Y hablando de todo como los locos, Luis Alfonso, ¿qué era eso de “La verdad está bajo las uñas”?

-¡Ah!, eso... Lo leí en una novela de Nabokov -aclara el médico.

De repente, como si hubiese olvidado algo muy importante, el juez entra en la casa apresurado, en busca del teléfono. Sacando de una libretica marrón el número del juez Molina, logra comunicarse con él:

-Molina, llame al fiscal Camacho y vaya junto con una comisión de la Judicial hasta el cuartel de la Guardia Regional. Incaute todo lo que consiga en el

armario del sargento Pablo Uzcátegui... Porque ahí está el arma con que mataron a mi hijo... Sí, fue el sargento Uzcátegui... No me importa si es jurisdicción militar. Si desaparece el arma lo haré responsable... En el armario también están las pruebas de los otros crímenes... El sargento Uzcátegui cometió delitos fuera de la esfera militar, y por lo tanto como juez Penal usted puede actuar... Lo importante es que no se pierdan las pruebas... No, tiene que ir usted personalmente...

Afuera, sentado en la grama del jardín, el médico observa al gato de Ofelia ronronear acostado al sol. Se siente desprotegido: como un niño abandonado por su madre, que sabe que ésta no regresará jamás...

Son las cinco de la tarde. Ignorando la cordillera despejada, los picos radiantes con sus largas camisas de nieve, Ofelia logra entrar en su casa después de vencer uno a uno los cinco seguros de la puerta. Coloca sobre la cama el pequeño morral que llevaba, y regresa descalza a la sala a encender la radio. El aparato, como por arte de magia deja escuchar un rock fuerte. Ofelia, conforme, baja un poco el volumen y se dirige hacia el teléfono para retroceder el grabador automático. Lo escucha repicar tres veces, y luego una voz suave le dice:

-“Hola, Ofelia. Lástima que no estás... Soy Isis. Te llamo para decirte que no puedo asistir esta noche al ensayo... Tengo la Masacre del Amparo. Ya sabes, el nombre que le pusieron a la última gripe. Trataré de no faltar mañana... Chao”.

Se escucha el ruido del teléfono al ser colgado, y prosigue al repicar de otra llamada:

-“Saludos... Ofelia... soy Pablo. Insistes en ponerme a hablar solo como los locos con este maldito aparato... Estoy en el bufete, quería saludarte, y bueno... contarte algo... Hoy me encontré con Julio, el poeta, nos tomamos un café y estuvimos conversando... Según me dijo (se lo había contado un amigo que trabaja en la Procuraduría General Nacional) hace como dos meses más o menos desapareció el sobrino del Procurador. Al parecer los Judiciales lo arrestaron, y lo llevaron a la sede principal en la misma Caracas. Cuando el Procurador en persona llegó a sacarlo, el mismo Director General de la Judicial, le dijo que no estaba ahí, que nunca había estado. En realidad se lo habían llevado para otra sede. El Procurador comenzó a buscarlo a través de la fiscalía; cuando un fiscal entraba por la puerta principal del edificio de la Judicial, donde se suponía tenían al muchacho, éste al parecer era sacado por la puerta tra...”

Ofelia detiene el grabador. En la radio interrumpieron la música con una fanfarria ruidosa; la voz alterada de un locutor aparece hasta dominar el espacio:

-“Extra, última hora, con ustedes un boletín extraordinario de noticias de su radio En Las Cumbres: ¡Aumentó a veintiocho el número de ancianos fallecidos a consecuencia de una intoxicación masiva ocurrida en el geriátrico de Santa Anita! Al parecer la noche del veinticuatro de diciembre los ancianos celebraron la fiesta con una succulenta cena que entre otros platos contenía una caspiroleta, alimento éste en el cual se hallaba el fatídico veneno. Por lo menos treinta ancianos se encuentran aún luchando entre la vida y la muerte, víctimas del fatal alimento. La doctora Ester Rivas, Gobernadora del Estado Táchira, al igual que el presidente del partido de gobierno en esa región, Oscar Bravo, prometieron que las investigaciones avanzarían hasta las últimas consecuencias, aunque reconocieron que por el momento no hay ningún detenido. ¡Este ha sido un avance informativo de su Radio En La Cumbres! Continúen en nuestra sintonía, seguiremos informando”.

Se oyó nuevamente “bajando por el río junto a su amada”, la canción que había sido interrumpida por el extra. Ofelia retrocede la grabación, pensativa sigue escuchando la voz de Pablo:

-”....comenzó a buscarlo a través de la Fiscalía; cuando un Fiscal entraba por la puerta principal del edificio de la Judicial, donde se suponía tenían al muchacho, éste al parecer era sacado por la puerta trasera para otra ciudad. Así lo tuvieron por más de quince días, lo obligaron a hacer turismo por medio país, hasta que al fin lo dejaron libre en Guayana en una carretera solitaria... ¿Te imaginas? Si le hacen eso al Procurad General Nacional, ¿qué no le hacen a un

mortal cualquiera...? Según dedujeron, era una forma de decirle al Procurador que anduviera con cuidado en una investigación donde están involucrados un par de jerarcas de la Judicial. ¿Qué te parece? Este país está cada día mejor... Bueno, me despido, un beso para que hagas lo que quieras con él...

Se escucha el ruido del teléfono al ser colgado. Ofelia apaga el contestador automático y marca un número...

Las tres señala el reloj en la muñeca de Ofelia, que soñolienta mira a Pablo con la cadena de seguridad de la puerta cruzando los hombros, y le obsequia una sonrisa cómplice. Pablo sabía que le llevaban material de primera. Entra seguido por el frío de la madrugada, le habla seguro de sí, satisfecho, mientras Ofelia reúne los componentes para preparar un cubalibre. Pablo ahora calla, descifra las líneas casi verticales del cuerpo desnudo de Ofelia que se trasluce bajo la bata de dormir, dibuja lentamente las redondeces de las nalgas, de los pechos, buscando sus cimas firmes, oscuras. Ofelia da media vuelta, camina desde el bar hacia Pablo, cuidado samente, pues el vaso de su mano intenta rebosar el preciado néctar. Se sienta en sus piernas, lo besa con los labios húmedos y la punta de la lengua, fría por el hielo y picante por el ron con limón. Pablo le pregunta si quiere que comience la historia por el principio, por el medio, o por el final. Ofelia le

responde mirándolo insistentemente con sus ojos negros, para luego acercar los labios mojados y caminar por el cuello musculoso hasta el lóbulo de la oreja. Pablo insiste en comenzar a narrar el relato, balbucea algo referente a un Judicial de Caracas que trajeron a Mérida. Ofelia lleva el vaso hasta la boca de Pablo y lo obliga a tomar un largo trago. Él enfatiza que por costumbre debe pagar primero. Ella replica, acariciándole las tetillas, que por esta vez recibirá la mercancía antes y pagará después, para recibir más. Pablo calla nuevamente. Ofelia gira su cuerpo para quedar cabalgando sobre las piernas del hombre, frente a frente: sus vientres, sus rostros. Ella ingiere un largo trago, lo conserva en la boca, echa la cabeza hacia atrás, y deja escapar por las comisuras de sus labios el líquido marrón que baja lentamente por la quijada, por el cuello, hasta llegar a sus senos blancos, a la tela fina que los cubre parcialmente, que al mojarse se transparenta más, para mostrar con nitidez el negro erecto de sus frutos, que él busca con su boca, para luego ascender a un largo beso. El hombre se levanta, se escucha el chasquido de la silla al caer al suelo, siente el abrazo en la cintura de las piernas de la mujer, sus labios por el rostro, la liviandad de su cuerpo y camina en dirección a la alfombra buscando la mansedad del pelambre, el abrazo definitivo, el vértigo...

-Una tarde como cualquier otra, la Judicial lleva al retén de la Policía Municipal un grupo de detenidos. Entre ellos va un "Judas" traído de Caracas, disfrazado de malandro y esposado con las manos en la espalda. Como a los demás, lo bajan de la jaula y lo entregan a los uniformados. Pero uno de los Policías (del municipio a cuyo cargo está el retén) sospecha que se está

cocinando algo raro y se lo informa a su Oficial. Mientras los uniformados discuten qué hacer, mantienen a los recién traídos sin distribuir en las celdas. Ellos sabían que el Judicial (El Espía como lo llamaron) había sido comisionado para matar un muchacho que estaba detenido, en espera de una boleta de excarcelación, que no debería tardar. Al entrar El Espía a la celda 1, ya habían cambiado al muchacho a la celda 2, de manera que no coincidieran. Los judiciales retiraron a su preso, El Espía, para supuestos interrogatorios en la sede y lo trajeron otra vez con la recomendación de que en razón a su peligrosidad debía ser recluido en la celda 2. Desde luego los uniformados cambiaron al joven a otra celda; comía en la misma cocina, y en las horas de estadía de los presos en el patio, lo mantenían vigilado en la enfermería. En esta versión libre del juego de la candelita estuvieron toda una semana hasta que finalmente llegó la fulana boleta, y el muchacho pudo irse a su casa.

Ahora, antes que empieces a desesperarte, voy a contarte el origen de la cacería infructuosa que te narré: el drama se inició en el Banco Italiano, cuando al cerrar caja una tarde descubren que falta una cantidad importante de dinero; verifican y toman la decisión de llamar a la Policía Judicial. A los pocos días, buscando un culpable, detienen a un empleado, un auxiliar de caja; el muchacho de veinte años de que te hablé. En los interrogatorios confiesa haber cometido el delito, aunque el dinero nunca aparece. El expediente fue pasado al Juzgado, y le dictan auto de detención basándose en la confesión. La abogada de la familia del reo, introduce un escrito en el expediente, señalando que el muchacho había confesado apremiado por los golpes y amenazas que la policía le propinó. Desde luego no ocurrió nada, como es típico, el tribunal y la fiscalía nada hicieron para

aclarar los hechos denunciados. Y cuando al muchacho lo iban a cambiar del Retén Policial para la Grande (La Cárcel Pública en donde se encuentran los procesados y condenados), abrumado por el cargo de conciencia, acude al Tribunal a entregarse un cajero que confiesa ser autor del robo. Consignó gran parte del dinero y varias facturas de cosas compradas con la diferencia. Por supuesto quedaba comprobada la inocencia del muchacho, y por lógica, demostradas las torturas a que había sido sometido cuando buscaban ¡UN culpable, y no EL culpable!; y la denuncia por los maltratos constaba además en el mismo expediente.

De estos sucesos, y la inminente liberación del joven, se enteraron pronto en la Judicial, y buscando una solución al problema que les acarrearía una acusación penal del inocente, la mala publicidad, y funda mentalmente para defender a sus héroes locales: los policías que realizaron el interrogatorio, deciden importar desde Caracas un funcionario que cortara el problema por lo “sano”: silenciándolo para siempre. Por suerte tuvo el feliz desenlace que te narré.

-¿Esa historia te la contó Leovigildo?- le pregunta Ofelia a Pablo, cuando éste terminó el relato.

-Sí. En la cárcel los presos se enteran de todo lo que ocurre, incluso de lo que ocurre afuera.

-¿Y qué más pasó? ¿Dónde está el muchacho? - continúa Ofelia preguntando.

-Nada, salió y no se supo más de él, y eso es lo triste del caso, pues ya pasaron casi dos meses y no ha denunciado a los torturadores. O sea que

después de todo se salieron con la suya, a pesar de ser tan torpes. ¿Recuerdas la vez que los judiciales detuvieron a una mujer que tenía una semana de haber dado a luz, y la separaron del hijo para hacerla confesar, con sus pechos llenos de leche?

-¿Y qué delito había cometido? ¿Asaltar la caja de la maternidad?

-No, el delito lo había cometido el esposo. Pero en esa ocasión no les salió bien, porque intervino la Procuradora de Menores (a petición del suscrito abogado) y les paró el trote. Para nada, pues luego la llevaron a un cerro de la Panamericana, le mostraron la ropa del niño y le dijeron que por ahí lo iban a lanzar si no hablaba, y cantó hasta el área de “la reina de la noche”, y eso que no conocía a Mozart.

-Pero luego vino mi Príncipe Valiente y la salvó de las garras, de los engranajes oxidados de nuestra justicia -comenta Ofelia riendo.

-Lo increíble es que el papel que firmó los hacía culpables de haber incurrido en delitos estipulados en determinados artículos, citando incluso ordinales, incisos, palabra por palabra, con agravantes y todo. Como si los delincuentes aprendieran de memoria los artículos que penan los delitos que perpetran, para luego citarlos en una posible confesión -señala Pablo, ignorando completamente las burlas de Ofelia.

-Lo tuyo no es más que rivalidad profesional. Ellos los detienen y tú tienes que liberarlos -lo provoca Ofelia.

-Si nuestros investigadores hubiesen estado en el lugar y el tiempo adecuados, no existiría todavía el misterio de Jack el Destripador -concluye Pablo.

-¡Coño, doctor! Yo le voy a decir una vaina a usted, una vaina que no le he contado a nadie. Dígame usted si tengo o no tengo razón, doctor -me decía-. Yo estaba en un tarantín tomándome un café, cuando escuché unos lloros, y cuando volteé había una señora, una viejita, igualita a mi mamá, doctor, con el pelo blanco y todo, llorando, tenía la cara amoratada y sangre en la boca, y el vestido sucio, y daba mucha lástima; le pregunté qué le había pasado, y me dijo que un muchacho le había arrancado la cartera y después le había pegado y tirado al suelo; y a mí me entró una arrechera, doctor, ¡coño! era como si le hubieran pegado a mi mamá, es que la miraba y me parecía ver a mi mamá, porque era igualita, doctor -me decía-. ¡Coño! ¿Si ya tenía la cartera, por qué tenía que pegarle ese desgraciado? Entonces monté a la viejita en la patrulla, y nos fuimos a buscar al animal ese, y como siete cuadras más abajo lo vio, me bajé y lo cogí desprevenido y le di una zaparapanda de coñazos. ¿Dígame si hice mal, doctor? Llevaba la cartera robada entre la camisa. ¿Tenía o no razón, doctor? ¿Para qué le pegó a la pobre vieja? Después lo monté en la patrulla y fui a dejar a la señora en el dispensario. Y me di cuenta que tenía que escarmentar a ese desgraciado. ¿Qué hubiera hecho usted, doctor? A mí me pareció que no podía dejar la cosa así

nomás, llevarlo pa'l retén pa' que los jueces lo suelten a la semana, y le vuelva a echar otra vaina a otra señora. ¡Coño! yo tenía que hacer algo. ¿No le parece, doctor? ¿Dígame, que podía hacer yo, doctor? -me decía-. Entonces lo llevé pa' allá pa' arriba, pa'l cerro y le mostré un hueco bien hondo. ¡Qué vaina, doctor! Me temblaban las piernas de la arrechera. Le dije que por allí lo iba a tirar si echaba otra vaina de esas... Lo tomé por la camisa y lo arrimé al hueco, al desgraciado ese, ¡coño! es que me acordé de la cara de la pobre vieja ¡coño! ¿Qué hubiera hecho usted, doctor? ¡Qué vaina! Y no sé cómo lo tiré pa'l hueco al desgraciado ese, ni siquiera lo pensé, cuando me di cuenta ya ni lo veía -me decía-. Pero, ¿por qué tuvo que coñacearla, con quitarle la cartera tenía? ¿Qué hubiera hecho usted, doctor? ¿Qué daño le iba a hacer la señora? ¿Acaso no hubiera hecho usted lo mismo? Daba lástima la vieja como quedó. ¿Acaso no hice bien, doctor...?

El hombre moreno calla un instante y sigue:

-¿Y qué le podía decir yo...? Nada... Escucharlo. ¿Qué puede uno decir en un momento de ésos? Así, tal cual, me lo cantó el policía en el hospital, cuando le acababa de sacar una bala del hombro...

El bar ya se está quedando vacío. Ofelia bebe, sin quitar los ojos de Mauro, todas y cada una de sus palabras. Pablo, recostado en otra mesa, detrás de Ofelia, silencioso, molesto, tampoco pierde detalle del relato, de la escena...

-Estaba en un teatro muy extraño -Ofelia cuenta un sueño-, tenía varios pisos de pequeñas galerías, como seis. Yo me encontraba en el último piso, en la última hilera de butacas, lo más alto y distante posible del escenario que se veía abajo, muy abajo, teniendo que inclinar el cuerpo para un mejor panorama de las tablas. La música de Carmina Burana ocupa todo, pero no podía ver la orquesta que seguramente se ubica en el foso delante del escenario; tampoco podía ver los coros, y los imagino tras las cortinas laterales. Escuchaba a algún solista y, flexionaba mi cuerpo al máximo buscándolo, no podía explicarme por qué no se ubican en el escenario solitario, vacío. No había nadie más en la galería, en el teatro, y sin embargo me era imposible sentarme en un puesto mejor. Insisto en buscar, en ver a los artistas, pero mi posición sólo me permite ver las tablas, y parecía que todo el espectáculo se producía fuera de ellas.

Luego surgió una bailarina; su figura me era familiar, me emocioné, danzaba desnuda, suavemente, con pasos sencillos, ejecutados armoniosamente, al ritmo de Carmina Burana. Lamentaba no poder verla de frente, y tenía que conformarme con su figura reducida por la altura y el ángulo de mi posición. Danzaba con mucha gracia: el cuerpo blanco creaba figuras blancas que parecían ser cortadas rápidamente con tijeras, para ser colocadas en contraste al marrón de las tablas del escenario; cada figura que caía era un paso de una coreografía cortada en tiempos al compás de la música. Rítmico, como aguja de reloj, el

cuerpo esbelto, sensual, se movía con mucha plasticidad; era una delicia verlo en las partes donde la cantata se hacía rápida y giraba: la mano se multiplicaba y cortaba figuras que desaparecían de inmediato en la aparición de la siguiente, hasta que la música apagaba su prisa, y el cuerpo blanco se movía lento, como para que yo identificara mis pechos, mi vientre, mis pies pequeños, mi sexo...

Y aunque me negué a aceptarlo en un primer momento, así supe que la bailarina era yo, Pablo, y comprendí inmediatamente que el espectador que observaba desde arriba, desde la butaca más lejana y angulada, eras tú, Pablo, y sentí una gran confusión, la visión se me hizo turbia, quería seguir mirando el espectáculo, pero no sabía si quería verlo desde ti, no me gustó lo que sentía mirándome, sabiendo que miraba desde ti, es decir, lo que sentías mientras me mirabas desde arriba...

Como es normal en esta época del año, llueve en las tardes. Pablo Ruiz cierra su paraguas en el porche del viejo edificio de la Cárcel Pública. No le gusta el papel que se ve obligado a representar. Trata de imaginar las palabras con que Leovigildo Hernández lo recibirá: “Eres una rata-vampiro -lo siente gritar-, vienes desesperado a buscar fuego para calentar a la zorra”.

Y como en otras ocasiones, se arrepiente de haber ido. Piensa en volver sobre sus pasos, cuando una voz hosca e inesperada le llama la atención:

-Doctor, abra su portafolios.

Pablo voltea de inmediato, y lee: “PABLO UZCATEGUI Sargento Primero” en un pequeño recuadro negro que destaca en la camisa verde oliva del Guardia Regional.

-Buenas tardes. ¿De nuevo revisándonos? -le dice Pablo.

Con una mano enroscando un extremo del mostacho, y la otra señalando el portafolios, el guardia replica:

-¿Acaso no supo lo de su coleguita, la que agarramos traficando con trescientos gramos de coca?

“¿Les estaba haciendo competencia en el negocio?”, quiso preguntarle pero se contuvo. Sacó su carné de abogado y lo entregó a otro uniformado, mientras el primero registra cuidadosamente.

Pablo mira al final de la escalinata que lo espera, sabe que al terminar la visita bajará llevando un alijo de imágenes y vivencias, y se reconforta.

-Quiero hablar con Leovigildo Hernández -le dice a un funcionario de la administración de la cárcel, ya en el segundo piso.

-¡Doctor Hernández! -grita el hombre a medio pulmón.

-¡Leovigildo Hernández! -repite otra voz detrás de la puerta de seguridad. Llamado este que se deja escuchar cada vez más distante, tres veces, como un eco vagando en los pasillos del penal.

Dos reclusos pasan coleteo en la sala de visitas; el olor a desinfectante es insoportable. Pablo se pregunta si es peor el olor del antiséptico que el de la orina que pretenden despistar.

Imagina a Leovigildo haciendo limpieza, y ofreciendo un cigarrillo a uno de los reclusos le pregunta:

-¿Y Leovigildo Hernández pasa coleteo también?

-No, él es doctor -le responde con naturalidad, mientras Pablo enciende el fósforo.

-¡Doctor Hernández! -grita nuevamente el funcionario. Pocos segundos después Leovigildo cruza la puerta de acero que separa el área de reclusión del

área administrativa. Viste de traje y corbata, tal como andaba normalmente en los tribunales; sólo le falta la pistola en la cintura.

Pablo lo ve y experimenta un cambio de ritmo en su pulso. Siente la mano fría y húmeda de Leovigildo estrechando la suya, pero en realidad éste ni siquiera pasa cerca de él, pues se dirige rápidamente hacia el sofá verde, como si no se hubiese percatado de la existencia del otro.

-¿Cómo está, Leovigildo? -saluda Pablo acercándosele.

-¿Cómo voy a estar? Jodido... Por momentos pensé que ya no vendría más, Pajarito. Tenía como un mes sin portar por aquí. ¿Qué le pasó? -le dice Leovigildo sentado en el viejo sofá forrado en plástico.

-Bueno, digamos que no estoy muy acostumbrado a los insultos- responde Pablo, aliviado de la tensión inicial.

-Es que usted es muy fino... -replica Leovigildo poniéndose de pie, girando los ojos hacia el techo como buscando algo importante en su memoria. Luego de un pequeño silencio, se dirige de nuevo al visitante:

-Y hoy regresa porque la mujercita no quiere más nada... Se le terminó el repertorio y viene a buscar material, ¿no es cierto, cabrón...? ¡Pues prepárese!, le tengo un cuento digno de una clase de criminología. Cuando se lo eche a la mujercita aquella, le va a abrir las piernas de tal manera que va a poder entrar hasta las amígdalas si quiere.

Pablo guarda silencio, preso de una mezcla de indignación y alegría. Sabía que no iba a ser agradable, pero se consolaba con los frutos que cosecharía al final de la reunión.

-Se sonroja y todo, cabroncito; pues tiene que aguantarme. Es un pequeño pago que debe hacer por su felicidad. ¿No le parece?

-Si usted lo dice...

-Debería estar agradecido, tiene suerte, aunque le cueste puede tirar. Aquí dentro sólo hay machos, y si no es por mi fama y lo que pago para que me cuiden ya me hubieran raspado.

-Hay muchas formas de estar preso, Leovigildo, los que estamos afuera tenemos nuestras cárceles...

-¡Carcelera querrá decir en su caso, carcelera! ¿Y qué tal si hacemos un cambio? Usted se queda aquí, y yo salgo como si nada y me voy a buscar a la mujercita, ¿qué tal?, en una sola sesión se la dejo entonadita.

-No gracias, Leovigildo, prefiero las cosas como están. Además las cárceles se las hace uno mismo a su medida, y yo estoy conforme con la mía.

-Comenzamos otra vez con las lecciones de moral, Pajarito. ¿Quién se cree? Usted no es más hombre que yo: fuimos a la misma universidad y nos graduamos de abogados; yo maté un hombre de un disparo, y usted debe haber colaborado, por lo menos, con algún suicidio (¿eso me dijo una vez?); yo estoy preso buscando cómo salir, y usted está afuera buscando historias para llevarle a una mujer. ¿Entonces...? -habló Leovigildo visiblemente molesto.

-Entonces nada, no se sulfure, no era mi intención molestarlo. Está muy nervioso, toma las cosas mal. Vamos a sentarnos.

Caminan hasta el sofá verde, del que se habían alejado conversando, y se sientan percibiendo el frío del plástico. Al frente, y a través de una ventana, pueden apreciar una inscripción dirigida a la tropa, colocada en el frontón del patio de formación de la guardia, que dice: "EL QUE SIEMBRA REVOLUCIONES ARA EN EL MAR", Simón Bolívar; en otra ocasión Leovigildo y Pablo habían discutido agriamente sobre la autenticidad de la cita.

Pablo rompe el silencio y en tono de broma le dice:

-Cuénteme la historia digna de una clase de criminología. Pero que no sea aquella donde amanecen todos los soldados del pelotón acuchillados, menos uno.

-¿El que no recordaba nada de lo que había pasado y lo delató la ropa y el cuchillo manchado de sangre?

-Además de ser el único sobreviviente.

-No, la mía es mejor todavía, ya verá -afirma Leovigildo con el ánimo cambiado-. Se trata de un preso apodado El Catire. Lo tenían en la celda de máxima peligrosidad; de los arrechos, y muy joven, no le bajaba la mirada a nadie (tuvimos varios duelos interesantes). El sábado pasado lo hirieron en un costado en una pelea. Comenzó a sangrar tanto que los guardias tuvieron que llevarlo al hospital. Y es ahí donde ocurre lo bueno: a pesar de que el médico se opuso, lo esposaron a la cama y le dejaron un policía al lado. Al parecer El Catire se había fugado antes. Lo cierto es que el domingo en la noche, mientras el policía salió a

comer, entró un hombre a la habitación y le cortó el cuello. Una enfermera se dio cuenta, y trataron de llevarlo al quirófano para salvarlo, pero no podían porque estaba esposado a la cama y no lograron encontrar al policía que tenía las llaves; trataron de sacarlo con todo y cama, pero no cupo por la puerta; por último, probaron meter el equipo a la habitación, pero tampoco entró. No pudieron hacer nada, ya al Catire se lo había llevado quien lo trajo. Pero lo más interesante del asunto es que quien lo degolló fue su propio hermano; dicen que con ayuda del papá, que es camillero en el hospital.

-¿Lo agarraron? -pregunta Pablo.

-Sí, esa misma noche, el lunes los traen para la Grande. Los amigos de El Catire le tienen una fiesta de bienvenida.

-¿Y no sabe por qué lo mataron?

-Estoy averiguando, pero estoy casi seguro que tiene que ver con una hermana, o con la mamá. Quién sabe cuántas cosas ocurren entre diez hermanos en un rancho; quizás se trate de una simple historia de celos...

-Me parece que exagera, tal vez les robó algo.

Leovigildo se ríe de buena gana, y le dice:

-Pero no sea pajarito, Pajarito. ¿No ha oído hablar del incesto? ¿Cree que por un radio robado se mata un hermano, o un hijo...? ¡Coño! ¿Pero en qué mundo vive...?

Son las seis de la tarde. Pablo sale de su bufete después de un día de mucho trabajo. Desde el automóvil, detenido en un semáforo, observa las montañas rojas por el sol de los venados y piensa que es un buen presagio. Se siente contento, hoy verá a Ofelia. Esta vez, después de mucho tiempo, fue ella

quién llamó. Pablo sabe que está deprimida y necesita compañía; pero él no piensa aprovecharse de la ocasión, lleva su paga como cualquier otro día. En la pizzería, mientras espera el pedido, baraja varias historias tratando de elegir la que le contará. Considera que debe ser una historia con humor, para ayudarla a cambiar el ánimo; pero sabe que es justamente triste como más le gustan, cuando está más cercana, pues se entrega completamente, como una niña desprotegida. Pero él no vacila ni por un momento en lo relativo a su deber: primero está Ofelia, y en el camino a su casa repasa mentalmente el cuento de las Hermanas Siamesas: varios amigos que lo escucharon se divirtieron y lo celebraron, causando incluso una polémica de sobremesa de casi una hora. Pablo tiene por costumbre ensayar las historias con sus amigos antes de contarlas a Ofelia, como una forma de evaluar la autenticidad de su moneda.

“Según la revista que reseñó los sucesos, las Hermanas Siamesas viven en algún lugar de la Selva Negra. A juzgar por las fotos que acompañan el reportaje, todavía son jóvenes, de rostros redondos y cabelleras con rulos; para quien a primera vista no descubre el defecto, resultan atractivas, aunque un poco gordas. Conviven con un padre protector, que ha llegado al extremo de rechazar en varias ocasiones tentadoras ofertas de circos, y quien sólo consintió mostrarlas una vez al año en las ferias del pueblo, y a beneficio de la Iglesia. Contaban las hermanas veintisiete años, cuando un hombre maduro, un albañil de otro distrito, se fijó en Lily. Eva, nada decía del asunto, guardando un silencio cómplice; pero estaba obligada, obviamente, a acompañar a su hermana en las escapadas por el bosque. Pronto Lily se da cuenta que su amante empieza a interesarse en Eva, y cree descubrir que mientras está con ella el hombre distrae sus manos hasta el

cuerpo de su hermana. La situación se hace intolerable, Lily no le dirige la palabra a Eva, y decide la muerte de su amante como única solución posible al conflicto (esta alternativa la asume luego de determinar que no podía cargar con el cuerpo muerto de su hermana el resto de su vida). En la siguiente cita, Lily esperó al hombre con la escopeta del padre, y lo mató de dos descargas.

El conflicto que se le presenta a las autoridades se sintetiza en la siguiente pregunta: ¿Cómo encerrar a Lily por su crimen y dejar en libertad a Eva que es inocente?, siendo precisamente la segunda quien denunció el suceso. Científicamente se había determinado que era imposible separar a las hermanas. La acusación, en el juicio, alegó complicidad, pero no presentó ninguna prueba concreta que la corroborase. Algunos tratadistas señalan que entre hermanos siameses, gemelos, y hasta morochos, no es necesario comunicarse verbalmente para conocer lo que el otro desea hacer...”

Y en este punto de su repaso se encuentra Pablo cuando llega a la casa de Ofelia. Al bajarse del automóvil ve un hombre moreno saliendo. Queda estupefacto. Vacila entre las alternativas de marcharse o entrar, pero la rabia pudo más que la voluntad: camina hacia Ofelia, pizzas en mano, tratando de dibujarse un rostro tranquilo. Ofelia, sonriente, lo recibe en el porche con un beso cálido. Pablo, sin hablar, entra buscando la cocina. Ofelia lo sigue y le dice en tono de disculpa:

-Es sólo un amigo, no tiene importancia.

-¿El amigo de cuatro a siete? Yo debo ser el amigo de siete a diez.

Ofelia va nuevamente hasta Pablo y lo abraza. El lavaplatos se encuentra repleto de trastes sin lavar, la mesa está ocupada por recipientes de vidrio, especias, latas sin abrir, la despensa espera con los brazos abiertos. Pablo prefiere ir a la sala, para acostarse en el sofá. Ofelia se sienta en la alfombra, apoyando la espalda en otro mueble. No hablan. Pasa más de una hora. Cuando Pablo despierta de un sueño profundo, ella todavía se encuentra a su lado.

Descansado y hablando pausadamente Pablo dice:

-Había elegido una historia muy especial para hoy, pero en vista de los acontecimientos tendré que hacer cambios en el repertorio. Se trata de un hecho verídico, el protagonista es un primo lejano de mi madre. Una mañana muy lluviosa llegó (seguramente antes de tiempo) a su casa, y encontró a la esposa en la cama con otro hombre. De inmediato, buscó su revólver en la mesa de noche, ante la mirada horrorizada de los amantes. Se colocó otra vez el impermeable y les ordenó que caminaran delante de él. Se dirigió a la calle y los hizo caminar desnudos por todo el vecindario. Como a veinte cuadras los dejó, sin un pañuelo con que cubrirse, y regresó a su casa. Nunca más vio a su esposa.

-¡Yo no soy tu esposa, ni pienso serlo! -levanta la voz Ofelia, con los ojos húmedos.

Quedan en silencio. Pablo se niega a mirarla. Recuerda las frases que Ofelia, cuando se disgusta por sus celos, suele recitarle: “el amor es el tránsito entre el amor de ayer y el amor de mañana, y sus colaterales”; y la más reciente, “el corazón tiene corazones que el corazón no conoce”. Después de un momento le pregunta:

-¿Son las historias de tus amigos mejores que las mías...?

Muy entusiasmado, Leovigildo le habla a Pablo en la sala de visitas de la Cárcel Pública:

-Pajarito, lo que le tengo es una bomba. Si en vez de abogado fuera periodista tendría la noticia de su vida; pero de todas maneras le va a encantar, prepárese. Se lo voy a contar todo con pelos y señales, como a usted le gusta: hace como una semana trajeron un tipo raro, un hombrón rubio como de cincuenta años. Muy parlanchín, y hasta tal punto simpático que ya es amigo de todos, siempre anda rodeado de presos que lo escuchan boquiabiertos hablar. El sábado me acerqué de curioso a oírlo, y al poco rato se separó del grupo y me invitó a

caminar por el patio. Me contó prácticamente toda su vida. Dijo que era alemán, que su familia había muerto en el bombardeo a Berlín; que al terminar la guerra lo pusieron junto a los demás niños huérfanos en barcos, y navegaron por todos los mares buscando un país que les diera refugio, pero ninguno quiso hacerse cargo de ellos. Incluso dice que los judíos pagaron buques armados para perseguir y hundir los barcos llenos de niños. Aun así navegaron, tres años buscando asilo de puerto en puerto; estuvieron en Buenos Aires, en Valparaíso, en La Guaira, pero como en todos lados les dieron provisiones y les dijeron adiós, como si llevaran la peste. Finalmente, Francia acogió un grupo y les dio la nacionalidad; al hombrón lo colocaron en un orfanato en la frontera con España. Ahí se dedicó, desde muchacho, al contrabando; no sé qué llevaba de Francia a España y luego de España a Francia. A los dieciséis años se marchó a África y se alistó en la Legión Extranjera (y yo que pensaba que lo de la Legión eran inventos de las películas). Y aquí comienza lo que nos interesa del asunto: después el mister peleó en Argelia, del lado francés, y anduvo por varios países como mercenario, lo que le proporcionó una gran experiencia sobre explosivos. Bueno, por lo menos eso dice. Lo cierto es que estuvo en el mercado después del incendio... Y aquí viene la noticia bomba: dice que el incendio no fue accidental...

-Eso no es nada nuevo, todo el mundo lo sabe -interrumpe Pablo.

-Tranquilo, Pajarito, déjeme seguir, ya verá. El hombrón dice que el mercado fue destruido a propósito por expertos. Colocaron cargas de explosivos en seis puntos estratégicos de la estructura metálica para lograr que cayera; ya que con el fuego, por muy grande que fuera, la estructura se hubiera mantenido de pie. Se ve que el hombre sabe del asunto, hasta me dibujó un mapa señalando los

puntos donde habían puesto las cargas. Fue militar. Pero ésta es sólo una parte de la historia...

Pablo interviene para explicarle a Leovigildo:

-Tiene sentido lo que dice sobre la destrucción de la estructura. Porque si se hubiera mantenido firme, entonces podía ser posible la reconstrucción del mercado, y los vendedores se habrían mantenido en sus puntos, y no hubieran logrado su propósito: echarlos para siempre. Es increíble cómo el gobierno trató de hacer el creer el cuento del cortocircuito; bueno, era tan disparatado que lo cambiaron por un atentado terrorista de Bandera Roja. Pero de todas formas no es nada nuevo para nadie en Mérida que el mercado fue destruido, y quiénes lo hicieron...

Leovigildo interrumpe, como temiendo que al pasar unos segundos ya no podría soltar las palabras represadas en su boca:

-Eso es lo que le iba decir, Pajarito, no se me encabreste, ahora viene lo bueno. No sé si leyó en el periódico lo del borrachito ahorcado en el carro de policía... Le voy a dar un repaso de todas maneras: al borrachito lo arrestaron en un bar de mala muerte de los alrededores del Mercado, en el bar Mi Delirio. Según la policía, lo pusieron en el asiento trasero del auto, y cuando llegaron a la comandancia descubrieron que el borrachito se había ahorcado con una soga olvidada en el piso de la patrulla.

-Sí -interviene Pablo-, aquí se presentan tres interrogantes importantes que la policía no ha explicado. La primera es que resulta prácticamente imposible ahorcarse en el interior de un automóvil de un metro de altura, y menos si

tomamos en consideración que el borrachín por lo menos medía un metro cincuenta. La segunda consiste en que asfixiarse mecánicamente con la soga es también imposible, pues cuando se comienza a perder el sentido por falta de aire, las manos automáticamente aflojan la soga, y se respira compulsiva, inevitablemente. Y la tercera cuestión, es, cómo puede suceder que alguien se ahorque en el asiento trasero, y los dos policías que lo acompañan no se den cuenta, no escuchen nada raro, siendo que sólo los separa una rejilla metálica.

-¡Coño!, todas esas especulaciones teóricas -reclama Leovigildo impaciente-, esa paja mental, está bien para usted que es experto en la materia... Yo le voy a dar otros hechos que le aclararán la película. Déjeme terminar. ¡Coño...! Ayer, justamente ayer, trajeron un muchacho que vive en el barrio La Milagrosa, cerca del Mercado. Resulta que el chamo este conocía al borrachito, y lo escuchó contar (al parecer no hablaba de otra cosa cuando tomaba) que vio cuando quemaron el mercado. Según dijo el chamo, el borrachito se había quedado dormido en la puerta de uno de los negocios frente al Mercado, y como a las cinco de la madrugada lo despertaron unas explosiones, y vio varios hombres vestidos con bragas negras recogiendo cosas y metiéndolas en un camión anaranjado; luego vinieron otros hombres corriendo y se montaron en el camión y se fueron, sin verlo, porque estaba semioculto. Después aparecieron las llamas, los curiosos, y los bomberos cuando ya era imposible contener el fuego... Cada vez que el hombrecito tomaba, comenzaba a decir que vio a los que quemaron el mercado... Y después muere ahorcado...

-¡Es increíble! -exclama Pablo exaltado- pero todo encaja. Las bragas negras como las que usa la Policía Política en las campañas, el camión

anaranjado como los vehículos del Ministerio de Obras Públicas. Y si a todo esto le sumamos lo que dijo su amigo alemán... ¿Cómo es que se llama?

-Paul Hinau.

- Pero lo más gracioso, cínico, del asunto, es que muy probablemente los expertos que trajeron de Caracas para determinar las causas del incendio hayan formado parte del grupo que lo provocó. Ellos mismos despachan y se dan el vuelta. El resultado de "tan profundo estudio" tenía que ser que el mercado se incendió por un cortocircuito accidental...

-¿No le dije que era una noticia bomba?

-De seis bombas por lo menos -bromea Pablo-. ¿No sería el tal Paul uno de los que trabajó horas extras esa noche?

-A mí que me registren -contesta Leovigildo.

-Hay que buscar la manera de publicar esto, de que se sepa todo. A Ofelia le va a encantar ser la primera en saberlo. Después de usted y de mí, claro... Pero hábleme del alemán. ¿Por qué está preso? Parece un tipo interesante.

-Dicen que se vio involucrado en una estafa con un automóvil, o algo así. Es un nazi declarado; por suerte que no hay ningún judío preso... Lo crucificaría. Vivió en Argentina, en Brasil, en Chile, en los países donde había dictadura; según dice trabajaba con los militares. Me dijo algo así como: "qué importancia puede tener apuntar con un revólver en la cabeza de un desconocido, disparar y listo; nació, vivió y murió, nada más". Seguramente quería congraciarse conmigo. Al parecer deja esposa e hijos en cada uno de los países en que vive; y es posible que al juicio por estafa le agreguen otro por bigamia... ¿Lo quiere defender?

Aunque dice que tiene muchos amigos influyentes y que no durará mucho preso...

Lo mismo dije yo.

-Me gustaría conocerlo -manifiesta Pablo.

-No... Pensándolo bien es mejor que ni se acerque, terminaría hipotecando la casa de su mamá para prestarle dinero. Tiene una labia que convence hasta el más pintado. Es más, no tiene nada raro que cuando salga de aquí deje una sede del partido nazi; no deben tardar en aparecer fotos del *Führer* en las paredes de las celdas, en lugar de las mujeres en pelota...

Ocultos por la neblina y la noche, Ofelia y Pablo conversan dentro del automóvil detenido, olvidados del resto del mundo tan lejano de la burbuja metálica que ocupan:

-Son sólo intereses, Ofelia, vulgares intereses. La alcaldía quiere construir en el terreno del mercado un gran edificio. Pero los vendedores no desean ser reubicados del viejo mercado, donde sus padres y sus abuelos venían trabajando desde hace un siglo. Y un gobierno “democrático” no podía llegar con el ejército y desalojarlos a palos. Por lo tanto la solución era resucitar un grupo guerrillero desaparecido hace mucho, y achacarle la destrucción del mercado. Así no habría ningún costo político.

Ofelia queda pensativa un momento, luego habla:

-No sé quién dijo que nuestra memoria guarda sólo el último recuerdo, el último pensamiento que tuvimos de lo que deseamos evocar. Algo así como que no recordamos el objeto mismo, sino la última imagen, el último recuerdo que tuvimos de él.

-Como citar una cita, sin llegar al texto original... -complementa Pablo.

-Algo semejante. ¿Qué tal si entre los dos construimos una imagen definitiva del mercado? Lo más completa posible.

-...No es mala idea... -señala Pablo-. Comienzo yo... Llegamos por la puerta sur. En grandes letras de acero, sobre relieve, colocadas arriba del portón, leemos: MERCADO PRINCIPAL. Entramos, a la izquierda ya la derecha hay zapaterías, ventas de alpargatas y esteras, ventas de ropa, sentimos el roce de la lana cruda de las ruanas, de los suéteres, rojos, verdes, crema, que entorpecen el paso por los estrechos callejones.

-Cruzamos a la derecha y subimos las escaleras, llegamos a esa especie de balcón, de segundo piso, que ocupa sólo la parte delantera del rectángulo del mercado. Sentimos los olores de la comida, vemos pasar un plato de caraoas humeantes, escuchamos el campanear de las frituras en las sartenes. Caminamos hasta una mesa *pantry* cubierta por un mantel plástico de flores, y nos sentamos en sillas de madera y cuero de vaca. Una mujer gorda, joven, de cachetes colorados y delantal blanco, nos pregunta qué deseamos comer. Tú pides morcilla, cuajada, arepa de trigo y refresco de parchita. Yo quiero una pizca andina, arepa de maíz y agua de panela...

-Estamos sentados en una mesa ubicada al extremo del balcón -habla Pablo-. Tenemos frente a nosotros, abajo, todo el panorama del interior del

mercado. La intensidad de los colores de las flores destaca como manchones que rodean las puertas oeste, norte y este. En el centro vemos las hileras de los puestos de frutas: mangos, piñas, lechosas, patillas, guanábanas, melones, graifrús... Continúan las filas de los vendedores de legumbres: arvejas, lentejas, chícharos, garbanzos, soya. Los puestos de verduras: lechugas, tomates, papas, ají dulce, pimentón, ocumo, vainitas, zanahorias... En los extremos encontramos el marrón del barro quemado de las artesanías: caballos, ángeles, diablos, bueyes labrando, cántaros, vajillas, candelabros, el amarillo de las esteras, los sombreros y cestas de paja. Todas las hileras, cada puesto intercalado por el verde de muchos de los productos, un verde intenso. Y así comemos extasiados por ese sinfín de colores que iluminan nuestros ojos, sintiendo la mezcla de olores penetrantes. Seguimos las andanzas, las risas en muecas de algún borrachito; las señoras que lentamente van llenando sus pequeñas cestas del colorido del Mercado; el niño que feliz pide una perinola, el papá que la prueba para constatar el peso correcto, la dureza del trompo...

-Pedimos quesillo de postre; terminamos de almorzar -habla Ofelia- Pagas, y bajamos por la otra escalera donde está ubicado el vendedor de estampitas. Nos detenemos entre peldaño y peldaño pues te quedas absorto ante las ánimas del purgatorio: un ángel de grandes alas blancas ayuda desde su vuelo a salir a un penitente de entre las llamas rojas y anaranjadas; otros con cara de sufrimiento y lágrimas en los ojos alargan sus manos sobre el fuego, suplicando, pidiendo los liberen; al fondo, la Virgen María, con un manto azul, coronada, sentada en su trono, con el niño en sus piernas y el globo terráqueo en la mano derecha, observa apacible...

-Tú en cambio te detienes ante San Miguel Arcángel -interrumpe Pablo- alto, hermoso, con la parte superior de sus alas redondas enmarcando un rostro dulce, y los extremos inferiores en punta tocando el suelo; el guerrero del bien, que espada en mano espera por la batalla contra el demonio.

Pablo y Ofelia no pueden evitar reír al encontrarse sus miradas. Ofelia continúa hablando:

-María Magdalena, el Niño de la Cuchilla.

-José Gregorio Hernández, María Lionza, la Reina, cabalgando desnuda sobre su danta.

-Jacinto Plaza, Negro Primero.

-Bajamos -habla Pablo-. Nos encontramos con un vendedor de hierbas: tilo para los nervios.

-Hierba buena, menta, borraja, para los males estomacales - replica Ofelia.

-Frailejón morado para el asma.

-Jengibre para la garganta.

-Saúco para la tos.

-Mientras caminamos entre la hilera de puestos -habla Ofelia-, sentimos un fuerte y penetrante aroma, mezcla de olores, que invade nuestros pulmones cortándonos la respiración momentáneamente.

-Borraja, catuche, eneldo, anís estrellado, clavos de olor, canela. Mi madre no me perdonaría si supiera que vine al mercado y no le compré chícharos, así que le compro. -señala gozoso Pablo.

-“Para curar el cáncer, la diarrea, el mal de ojo, la culebrilla, compre su elixir para la salud...” Se nos acerca un campesino ofreciéndonos su producto, con los dientes negros por el chimó.

-Paramos en un puesto de jugos. Tú tomas tizana y yo una vitamina. Compras dulces abrillantados y un frasco de chicha de maíz para llevar.

-Luego tú me ofreces flores, recorremos todos los puestos y vamos escogiendo las más hermosas -dice Ofelia.

-El ramo crece lentamente. Salimos por la puerta este, rumbo al Pasaje Tatuy donde están las carnicerías. Llevo un descomunal ramo de flores: claveles, rosas, matrimonios, pensamientos, lirios, margaritas... El ramo es tan grande que llamo la atención de todos. Como no tengo visibilidad, me guías como a un ciego. Y yo voy con la respiración entrecortada por todos los olores que se concentran en mi cara, tratando de distinguirlos, de separarlos, como un ciego...

-Estuve pensando... -habla Ofelia, sentada en la cama con el torso desnudo, mientras Pablo dormita de espaldas a ella-. Existe la posibilidad real de que el borrachito se haya ahorcado con la soga dentro del automóvil. Escúchame: si en los periódicos mencionaron una soga, se supone que es larga, si no habrían escrito cuerda, o mecate; por lo tanto el borrachito sí pudo ahorcarse, ya verás, te voy a explicar: imagínate que tomas el extremo de la soga y le haces un nudo corredizo, te lo pones al cuello y aprietas; inmediatamente comienzas a darle vueltas alrededor de la garganta, muchas vueltas. Cuando el hombrecito comienza a perder el sentido por la falta de oxígeno, y se ve obligado a soltar el extremo, la soga ha quedado bien sujeta con las vueltas, bajo presión, y no afloja a no ser que le dé vueltas en sentido contrario... ¡Ajaaá! te caché, no habías pensado esta alternativa... Sí, hazte el dormido, claro, para no reconocer mi genio, claro. Pero antes de que abras la bocota voy a terminar de exponer mi tesis, antes de que comiences a refutar mis argumentos... Es verdad, los puedes rechazar fácilmente citando el hecho de que los policías debieron haberse dado cuenta de lo que ocurría en el asiento trasero del carro, pero también cabe la posibilidad de que se hayan bajado a comer, era muy tarde en la noche y seguramente tuvieron hambre; con el borrachito dormido, y sabiendo que las puertas traseras de los autos de policía sólo se abren desde afuera, impidiendo la fuga, es posible que decidieran bajarse a comer unas arepas en cualquier sitio. Y en ese lapso de tiempo el

borrachito aprovechó para ahorcarse... ¿Qué me dices ahora, no soy inteligente acaso...?

¿Cómo te quedó el ojo? Pero todavía falta, no creas que he terminado, no te ilusiones. Y para evitar que mañana en la tarde me llames desde el bufete para derrumbar mis “¿inteligentes razonamientos?” (¿es ese el término que usarías?), yo misma, para no darte gusto, voy a seguir mis argumentos con las preguntas que tú me harías: “Primera: ¿crees que una persona completamente ebria, de muy bajo nivel cultural, puede llegar a razonar sistemáticamente hasta determinar cuál es la única forma posible de ahorcarse con una soga que por azar encuentra en el piso de una patrulla? Segunda: ¿cuánto tiempo te tomó a ti, pensar, para hallar esa posibilidad? Además, es necesario que se diera el hecho, hipotético, de que sintieran hambre los policías y decidieran detenerse a comer; probablemente comieron antes de arrestar al borrachito...” ¿Tengo o no tengo razón, Pablo?

-Faltan otros elementos que yo asomaría -señala Pablo sin darse vuelta-.

-A ver, desembuche, soy toda oídos -replica Ofelia.

-Punto A: ¿quería el borrachito suicidarse? Punto B: si suponemos que quería suicidarse: ¿debía esperar ser detenido por la policía para hacerlo? Máxime silos alcohólicos pobres, como nuestro personaje, están acostumbrados a amanecer entre rejas sin que este hecho los afecte mucho. Por lo tanto si quería suicidarse, podría haberse lanzado por el viaducto como es normal que lo haga todo ciudadano respetable, y no respetable, de Mérida. Y punto C: los borrachos, los alcohólicos, no suelen suicidarse, no en un acto... único, como dispararse o ahorcarse, sino lentamente, con el mismo alcohol.

-¿Terminaste? -interroga Ofelia.

-Sí, por el momento.

-¡Bravo! ¡Muy Bien...! No puedes negar que hay una posibilidad que se te había escapado -le dice Ofelia aplaudiendo, contenta.

Eufórica, la mujer voltea boca arriba el cuerpo pesado del hombre, para luego sumar la largueza de su cuerpo frío al de él.

Es domingo. Pablo y Ofelia despiertan a media mañana. Ella, como siempre que realiza presentaciones (la noche anterior danzó en el Teatro Universitario) ha estado retraída, caminando como si no tocara el suelo con sus pies, como si no perteneciera a este lado del mundo, al mundo real. Extrañamente, despierta en esta ocasión, enlazada, cercana a Pablo, y recostada de medio lado con la cabeza sobre la almohada, mirándolo, le habla:

-Hoy somos dos campesinos. En una época tú y yo vivimos en concubinato. Ahora yo vivo sola en una pequeña casa de bahareque en la montaña; porque tú, Pablo, no quisiste trabajar y yo te eché sin miramientos. Había pasado mucho tiempo, como seis meses, cuando regresaste implorando, jurándome amor. Y yo me negué a aceptarte de nuevo, y me atacaste, me rompiste el vestido y trataste de forzarme a hacerlo... Logré llegar hasta el fogón, tomé una olla de agua hirviendo y te la lancé a la cara... A ti te llevaron al hospital, y a mí a la cárcel de mujeres... Pero espérate, Pablo, no digas nada aún, la historia no termina aquí. Al salir del hospital, ya restablecido, con las quemaduras cicatrizadas, tal vez pensando que te iba a compadecer por tu aspecto, vienes nuevamente a buscarme: lloras, ruegas, y yo por supuesto sigo rechazándote; tú insistes, te desesperas, quieres obligarme por las malas... Busco la olla de agua ardiente y te la echo de nuevo. Yo regreso a la cárcel, y tú con los quemados del hospital. Pasan tres meses más, ambos salimos de nuestros cautiverios, y se repite el ciclo: vas a mi casa, suplicas, sales quemado; voy a la cárcel, tú al hospital... Salimos, te quemamos... ¿Qué te parece esta historia de amor?

-Lo han hecho tres veces. Ahora están en sus obligatorios descansos.

-¿No es un poco exagerado?

-Obtuve la información de una fuente directa.

-Síiii, conozco tus fuentes...

-Me lo contó una Trabajadora Social de la cárcel de mujeres. La conocí en la sala de espera del odontólogo. ¿No pensarás que también me gustan las hembras?

Pablo calla, piensa en decirle a Ofelia: "de ti espero cualquier cosa". Luego, con nuevos bríos reanuda la conversación diciéndole con soma:

-¿Pero cómo la dejan salir de la cárcel si es una mujer peligrosísima? Es tan peligrosa que tú juegas a ser ella.

-Es sólo una extraña historia de amor. Estoy segura de que en la cárcel y el hospital no puede dejar de pensar el uno en el otro. Es como si sus vidas, sus destinos, estuviesen unidos irremediablemente por el dolor, por la desgracia... Y están obligados a actuar como lo han venido haciendo: el hombre a buscarla, a rogarle, a insistir, y ella a rechazarlo, a lacerar su piel, pues, si no repiten el ciclo, corren el riesgo de romper el vínculo que los une, y perderse uno al otro. Ellos en este momento saben que tienen una cita al salir, y no van a faltar; saben sus líneas de memoria, como si hubiesen nacido para ellas. Nada les impedirá estar en el día preciso, y hacer lo que tienen que hacer...

Eso dijo Ofelia con palabras no carentes de emoción. Pablo no queda indiferente a lo que escuchó, pero escapa convirtiendo el drama en comedia:

-Me imagino frente al espejo, miro detalladamente mi cara y mi cuello deforme, sigo con mis dedos las marcas de mis cicatrices, pero no me horrorizo. Al contrario, en cierto modo me siento orgulloso, pues tú estás en mi cara, tú eres mi rostro, mi cuello quemado.

Ofelia replica en el mismo tono tragicómico:

-Te veo pasar en el pueblo, a pesar de la distancia puedo apreciar tu rostro desfigurado. Doy media vuelta y regreso a mi casa, no me perturban los cambios, las cicatrices, pues yo soy ellas. Y te espero, hiervo agua...

Pablo rompe el juego y regresa a la realidad:

-Ya sé por dónde va el asunto: piensas en la historia como argumento de una coreografía. ¿No es cierto?

-Sí, ¿qué te parece?

-Me gusta, ya te veo vestida de campesina danzando...

-No, no necesariamente. Pienso traer la tragedia a la ciudad.

-Quedaría fuera de contexto. No imagino al vecino de la casa de al lado dejándose quemar varias veces por su mujer. Tienen que ser gente de muy bajo nivel cultural, incluso que hayan vivido distanciados de otras personas, de la sociedad.

-Podrían ser de un barrio marginal, o mejor, una pareja de vagabundos. ¿Inacrobates es que los llamaba Cortázar?

-Ese es un problema que tienes que resolver. Después de todo tú eres la artista...

-Además he pensado desdoblar a los personajes. Imagina por un momento que tú y yo estamos danzando, representando la tragedia en el momento en que le echa el agua hirviendo en la cara. Ahora imagínate a un lado de la representación, presenciando y criticando con gestos. Tú y yo viviendo el drama, y a un lado, tal como estamos haciendo hoy, lo observamos desde afuera, sin involucramos.

-¿Y cómo piensas lograrlo, te vas a partir en dos? Si lo haces me reservas la parte mala, que es la más sabrosa...

-En un primer momento quería hacerlo con cuatro bailarines. Pero lo mejor sería hacerlo con ayuda de la tecnología. Déjame explicarte: podemos proyectar en una pantalla, como en el cine, la filmación de una parte de los observadores, o del drama, incluso intercalarlos. Todo bien concatenado, de manera que los movimientos de un cuadro, según la coreografía, afecten o influyan en el otro...
¿Qué te parece?

-Es notable, realmente notable.

-Debemos seguir conversando sobre el tema -señala Ofelia mientras se para de la cama.

-¿Y si en realidad el hombre lo hace adrede, porque tiene en el hospital las tres comidas aseguradas? ¿Y si le sumamos que la mujer consiguió una amiguita en la cárcel, y quiere siempre volver a verla?

Ofelia le replica visiblemente molesta:

-¡Coño! ¿Por qué siempre tienes que buscar una explicación a todo...?

-¡Carajo!, porque me quemaste tres veces con agua hirviendo y yo quiero saber la razón -responde Pablo riendo.

-Tengo curiosidad por saber: ¿Qué lo hizo venir a verme la primera vez? -
interroga Leovigildo a Pablo, sentado en el sillón del director de la cárcel-. Porque
a mí sólo me visitan periodistas y abogados. Sin embargo usted ha estado

viniedo seguido. No pide nada, no da nada, sólo conversa. Explíqueme, lo que he averiguado de usted no me dice mucho.

-¿Y qué ha averiguado de mí? -le pregunta Pablo.

-Poco: abogado serio, recto, estudioso, profesor universitario. En conclusión: una insignificante mierdita; como abogado no va a llegar a ningún lado. Hasta pensé que hacía uno de esos estudios que le hacen a los presos... una investigación criminológica, y lo iba a mandar pa'l carajo.

Pablo piensa en decirle irónicamente: "puedo observar admirado a dónde llegó usted". Pero prefiere un cigarrillo que toma de un pequeño recipiente del escritorio. Aspira profundamente antes de hablar:

-Si no recuerdo mal, en la visita anterior me dijo que le gustaría saber a ciencia cierta todo lo ocurrido después de la muerte del estudiante; puesto que como estaba detenido no alcanzó a enterarse de todos los sucesos. Bueno, quiero que sepa que esos sucesos y la razón por la cual vine a visitarlo están relacionados, y forman parte de la misma historia. Si tiene tiempo y está dispuesto a escucharme, puedo narrárselo...

-Tiempo es lo que me sobra. Además, la única razón por la que salgo a hablar con usted es porque me agrada escucharlo. Conversamos un rato, se va, y me queda un buen sabor en la boca. No como el que me queda después de hablar con mis defensores... siempre pidiendo que haga esto, o que declare aquello a la prensa... Me hierva la sangre hacer cosas y al final no lograr nada. Pero hablemos de eso. Cuénteme, soy todo oídos.

-Aquella noche, por casualidad, yo estaba en un restaurante cercano a su casa, cenando con unos amigos (Ofelia entre ellos). Al salir, como a las once, el tránsito estaba trancado y vimos gente corriendo en la calle. Alguien nos dijo que un abogado llamado Leovigildo Hernández había matado a un estudiante, y le iban a quemar la casa. Decidimos ir a ver lo que ocurría, y caminamos hasta encontrar una multitud. Trataban de incendiar la casa pero la estructura no cogía fuego. Estaba vacía, y ya se habían llevado a toda la familia, y según nos dijeron, una patrulla de la Policía Política que pasó por casualidad a las siete, pocos minutos después del suceso, lo salvó de ser linchado por los compañeros del muerto y lo llevó detenido. Presenciamos cómo sacaban muebles de la casa, ropa, artefactos eléctricos, y los quemaban en la calle. Seguían llegando más y más estudiantes al lugar. Como era de esperarse, comenzaron los discursos de los líderes estudiantiles, hablaban de cómo hacer para que usted pagara el muerto, alegaban que era abogado y tenía plata, y no iba a estar ni una semana preso. Como a las doce de la noche la casa prendió. La Policía observaba de lejos, no se atrevían a acercarse. Se escucharon canciones, consignas, mientras muchos mirábamos distraídos el bailoteo de las llamas. Los ánimos estaban muy caldeados. Comprendimos que debíamos marcharnos. A dos cuadras ardía un camión de embutidos. Mientras nos alejamos, cientos de personas caminaban en sentido contrario, buscando el fuego, el humo. Fuimos a varios bares en el centro y estaban vacíos: los estudiantes habían interrumpido sus fiestas de sábado. Al parecer las noticias corrieron tan rápidamente que ya comenzaban a aparecer las barricadas, los cauchos quemados en las esquinas. La gente de Campo de Oro, del Andrés Eloy Blanco, y de los otros barrios de la periferia, subió a la ciudad. Ya

se habían iniciado los saqueos de los comercios, no perdonaban ninguna vidriera, ningún anuncio luminoso. Podíamos ver a la gente cargando televisores, montones de zapatos, rollos inmensos de tela, cajas de comida, y todo lo imaginable...

La ciudad amaneció destrozada, veinte carros ardieron. Pero lo increíble era que la ola de violencia no se detenía, los focos de disturbios aparecieron por todos lados, en cada barrio; y era una mañana de domingo. Las autoridades estaban desconcertadas, no comprendían lo que estaba ocurriendo. La radio y la televisión informaban continuamente; todo el país estaba pendiente. Se suponía ahora que al anochecer se tranquilizaría todo, pero al contrario, recrudeció la violencia, los heridos llegaban al hospital, La Policía Municipal y la Guardia Regional no podían controlar la situación.

El día siguiente, el lunes, la prensa informó sobre los privilegios que usted gozaba de su detención, publicaron una foto donde se le veía caminando frente a la cárcel, con el Fiscal, sin esposas ni vigilancia. Se supo que su hermano, también abogado, mató un par de años atrás, y no pagó; además de otro que mató su papá. Y para colmo, apareció entre los escombros de la casa quemada un carné de médico con su foto y su nombre; se hicieron averiguaciones y resultó que cobró dos años como médico de un caserío rural. Se especuló incluso sobre si atendió o no enfermos.

Por la radio y la televisión local, desfilaron muchas personas denunciando atropellos suyos como abogado: desalojos ilegales, embargos con tribunales ficticios. Todo esto enardecía aún más los ánimos. Muchos abogados sentimos las protestas como una forma de rechazo, no sólo a usted sino al gremio, por todos

los desafueros que ocurren en los tribunales. Yo hice quitar la placa y los distintivos de mi oficina.

Ese mismo lunes se iniciaron protestas en las demás ciudades universitarias del país; hubo muertos en Caracas y en Valera, y en Mérida la situación empeoraba. El cuarto día de disturbios, el martes, comenzaron a llegar a la ciudad aviones Hércules cargados de soldados y tanques antimotines. Era inminente una declaración de Estado de Emergencia. Y es aquí donde comienza la historia de mi relación con usted: Sabiendo la batalla que se avecinaba, fui a refugiarme en la casa de Ofelia en las afueras de la ciudad. Cargué con todos los enlatados que encontré, y me alejé dispuesto a pasar varios días de encierro frente a la televisión, siguiendo los detalles de los acontecimientos. Ofelia estaba muy excitada por los sucesos. Me esperaba. Y como para aumentar más su interés, al poco rato de haber llegado a la casa, un amigo fue a buscarme: me pedía consejo profesional, su hermano era uno de los estudiantes que iba en la caravana celebrando la terminación de sus estudios universitarios, y compañero del muchacho muerto. Como era una consulta privada, me aislé con los hermanos en una habitación, a pesar de la oposición manifiesta en el rostro de Ofelia. Efectivamente, el hermano de mi amigo había sido testigo, por lo menos de parte del suceso. No sabía si debía declarar, tenía temores, pues le pedían que dijera más de lo que vio. Escuchó un disparo, pero un camión estacionado le tapaba, caminó hasta el sitio de donde provino la detonación, y lo vio a usted guardando la pistola en la chaqueta, y luego de dar media vuelta y caminar hasta entrar en su casa; escuchó gritos, y descubrió a pocos metros a su compañero sangrando profusamente; a un lado del herido estaba su novia, llorando histérica. Yo le

aconsejé que dijera sólo lo que vio; repasamos varias veces su versión para que no se contradijera al declarar; y se marcharon sin haber definido del todo si declararían. Mucho después supe que declaró...

-Sí, y cantó más estrofas que las que tenía en su canción... ¡El muy hijoeputa! -dice Leovigildo colérico.

-¿Cómo lo sabe?

-Muy fácil, no hay ninguna declaración en el expediente que coincida ni remotamente con la que me contó. Así que va a tener que ayudarme...

-¿Pero cómo pudo leer el expediente si está en un sumario? ¡Ah!, desde luego...

-Tengo incluso una fotocopia... Carajo, ¿en qué país vive? Ve los tribunales como un convento de monjas de clausura, y hasta las monjas meten al jardinero en sus celdas. No, no me explico cómo hace para sacar presos de aquí... Cuando se pelea, ¡coño!, se pelea con todas las armas que están a la mano...

-...No espere que lo ayude con el testigo. Fue una consulta entre cliente y abogado, y me imagino que sabe que existe el secreto profesional, y la ética, que me impiden declarar sobre las confidencias de mis clientes; y con más razón si los perjudica. Se dice...

-El pecado pero no el pecador... ¿Usted no se cansa de sermonearme? Si será guevón... -le dice Leovigildo a Pablo visiblemente molesto.

-Tranquílcese. Me pidió que le contara por qué vine a conocerlo, y es lo que estoy tratando de hacer. Ahora, si quiere me marchó...

-...Continúe. Pero recuerde que me debe una. Tarde o temprano tendrá que ayudarme; mejor temprano, pues si no está conmigo está en mi contra. Ya

hablaremos después, no crea que se me va a olvidar. Pero siga -insiste Leovigildo nuevamente sentado.

-Como quiera. En la tarde del cuarto día de disturbios, decretaron el estado de sitio. Los soldados fueron tomando la ciudad cuadra por cuadra. Ya sabe lo de los muertos, piedras contra fusiles. En el Hospital Universitario hacían milagrosas actuaciones ante la televisión para demostrar que los muertos estaban vivos, y evitar las represalias de los estudiantes. Diez días duró tomada por los militares la ciudad, sin que pudieran detener totalmente los disturbios. Ofelia, muy molesta al principio porque le impedí escuchar la conversación con el testigo, quiso echarme, pero con las medidas de emergencia nadie podía salir a la calle; además creía que yo sabía algo del caso que la policía y todo el mundo desconocía. Así pasamos diez días encerrados (fuimos marido y mujer por diez días). Encaramados en la pared del patio trasero, cambiamos latas de atún por queso, con los vecinos; Ofelia horneó pan. En fin, estuvimos encerrados, hipnotizados por los continuos boletines de noticias de la televisión y la radio, haciendo el amor entre el ruido de los disparos y el olor a gases lacrimógenos...

-Por lo menos alguien se divirtió mientras yo pasaba por aquel infierno de interrogatorios y traslados apresurados -interrumpe Leovigildo.

-Bueno, no puedo negarlo, fueron días extraños. Vivíamos entre la rabia por los inocentes abaleados y la excitación por los sucesos. Era como estar en una isla, mientras en tierra el fuego de los autos amenazaba con incendiario todo. Le dábamos café al soldado que vigilaba la calle, y al rato lo insultábamos al verlo tomar detenidos. Por teléfono nos llegaban decenas de historias, de los amigos, que podrían conformar una novela aparte. Usted resultó ser el monstruo de la

ciudad: nuestro propio *King-Kong* desarmable. Se dijo que maltrataba a su mujer y a sus hijos, que poco antes de matar al estudiante había tenido una fuerte pelea con su esposa (esto según supuestas versiones de sus vecinos). Quemaron el Registro Público, dos notarías, las casas de los principales partidos políticos. Finalmente la paz se fue imponiendo en Mérida... Ofelia permaneció muy callada el último día de convivencia. Cuando levantaron el estado de sitio y preparaba mis cosas para irme, me dijo que estaba en deuda con ella, que le debía diez días de su vida, y tenía que pagarle. Como era de esperarse, escogió la moneda más apetecible para ella (y para todos en aquel momento): la verdad verdadera, la versión del autor del crimen del estudiante. Discutimos acaloradamente; y me impuso como condición para volver a verla: venir a la cárcel, hablar, hablar con usted, ganarme su confianza, y sacarle discretamente la verdad. Así fue como un mes después vine a hablarle, a conocerlo...

-Pero usted nunca me preguntó nada -alega Leovigildo-. Conversamos sobre los vicios en el proceso, nunca sobre los hechos.

-Al principio estaba dispuesto a preguntarle, pero luego me di cuenta que no era necesario. Con las declaraciones en los diarios de sus abogados, que si se analizaban ligeramente lo incriminaban, más las afirmaciones del testigo del que le hablé, las noticias... Y si tenía alguna duda me la aclaró su amigo, la Rata Pérez, quien discursando en el Colegio de Abogados decía "que usted sí era un hombre de verdad, y que si hubiera sido él quien consiguiera un tipo orinando en la puerta de su casa, no le hubiera metido un tiro sino cinco". Como ve, no se necesita ser un Sherlock Holmes para aclarar el misterio. No había tal misterio...

-Pero a la mujercita seguro le echó el cuento como si yo se lo hubiera narrado entero.

-Sí, tiene razón, le mentía Ofelia. Aunque no del todo, pues le conté la verdad verdadera. Además esta salida, la de mentirle, me evita ser uno más de los que vienen a buscar su parte de leña del árbol caído...

-Gracias por levantarme el ánimo -interrumpe Leovigildo-, es muy estimulante. Con amigos así...

-Lo lamento, no quería decir eso... Sólo me queda una duda, y es sobre quién era la persona que orinaba frente a su casa: ¿era el estudiante o la novia?

-Mire, Pajarito, eso es mejor que se lo pregunte a mi abogado estrella, la Rata Pérez, él parece saberlo todo...

-Estuve pensando Pablo: quiero que usted asuma mi defensa -habla Leovigildo-.

-¡¿Yo?! -reacciona Pablo asombrado-. No entiendo, si tiene los abogados más famosos. La Rata Pérez dice que si juzgan hoy a Hitler en los tribunales de Mérida, lo sacarían libre.

-Sí, pero ya tengo siete meses encerrado en esta pocilga, y no ha logrado ni siquiera conseguirme la casa por cárcel. Además su prestigio haría bien a mi causa. Si es verdad que los que me defienden ahora son los mejores abogados, también es verdad que su fama no se la ganaron por ser santos. En cambio usted tiene un prestigio bien ganado: profesor universitario, su "Manual de Criminología" es usado como libro de texto en varias universidades, sus artículos salen en los

mejores periódicos... Por otro lado, no es tan mal penalista como pensé, estuve averiguando, sólo trabaja con métodos distintos. Mientras nosotros usamos testigos falsos, o le mojamos la mano al juez o a los investigadores, usted analiza la violación de los derechos de su cliente, los errores de la acusación, y termina poniéndolos en la calle. Me contaron también que hace un año logró una sentencia que sentó jurisprudencia, sacando a cinco pajaritos de esta jaula, y poniendo a los viejitos de la Corte Suprema a dar carreras buscando cómo dejarla sin efecto. Lo pensé mucho y quiero que sea mi defensor. ¿Qué me responde?

-...Le agradezco su confianza, pero no creo que pueda servirle de mucho. Lamento decirle que en las actuales circunstancias ni el mejor abogado del mundo lo puede sacar de la cárcel... Tranquilícese, no ponga esa cara, debería tener esto claro, pues es la realidad. Recuerde la decisión de la Corte en relación a la radicación de su juicio en otra ciudad. La norma es muy clara: en caso de que un proceso produzca conmoción o inestabilidad en la paz de una ciudad, debe ser trasladado a otra. Sin embargo, la Corte votó por unanimidad en contra de la norma, decidiendo que el juicio debía continuar aquí, y lo hicieron por razones políticas. Ellos sabían que si el juicio era trasladado a otra ciudad, los estudiantes cumplirían la promesa de quemar el Palacio de Justicia.

-Tal vez la solución sea quemar el Palacio de Justicia, en eso sí estoy de acuerdo con esos delincuentes que llaman estudiantes -comenta Leovigildo-.

-Y esa es la única oportunidad que usted tenía: un juicio en otra ciudad. Ningún juez en Mérida lo va a liberar. Tratarían de quemar la ciudad empezando por la casa del juez. Por eso de nada le servirá cambiar de abogado, o agregar otro nuevo a los que ya tiene; mientras haya presión social no tiene posibilidad de

salir. Por otro lado, ya no causaría ningún efecto que yo fuese su abogado; tal vez si yo lo hubiese sido desde un principio... Pero a estas alturas es tarde, ya todos lo relacionan con sus abogados actuales, con su moral, ya no hay forma de disolver ese lazo.

-¿Y qué coño debo hacer, pudrirme en estas cuatro paredes de mierda?

-Tener paciencia, esperar, ese es el único camino que le queda; dejar que lo olviden. No dar más declaraciones a la prensa, salirse del escenario, desaparecer. Vivimos en un país sin memoria. Usted sabe que los estudiantes son habitantes transitorios de la ciudad; los que están ahora se irán, y vendrán otros. Deje que todo se duerma, y se crearán las condiciones para un juicio normal.

Leovigildo mira a Pablo como si fuera un animal extraño, como buscando un rasgo conocido que lo ayude a identificarlo. Y repentinamente, habiendo encontrado las palabras adecuadas, le habla amargado:

-En el fondo lo que usted realmente quiere es que pague el muerto. Le interesa un carajo que yo salga de este hueco. Lo importante para usted es que se haga justicia, ¿verdad? Pues le voy a definir lo que es justicia: para mí hay justicia siempre y cuando yo salga beneficiado. Ese es mi criterio, y es el criterio de todo el mundo en este país. Usted es un desadaptado. ¿Que hace aquí en Venezuela? ¿Qué hace hablando con un criminal? Ándese para la mierda, no me sirve de nada. Pero recuerde que me debe una, y me la voy a cobrar... ¿Me escucha? Lárguese de aquí, no tengo más cuentos para la mujercita; tendrá que masturbarse de ahora en adelante...

-Hoy no es mucho lo que te traigo, Ofelia. Sólo una noticia del periódico. ¿Me escuchas? Sé que estás en la bañera... Te la leeré... Aunque sería mejor si me abrieras la puerta... Está bien, de todas formas te la leeré. Salió en El Nacional de hoy. Se titula: "Ladrones de Bastones Operan en el Centro". Textualmente dice:

"Una banda de ladrones de bastones que opera en el centro de la ciudad, mantiene en zozobra a todas aquellas personas que necesitan de ese apoyo para deambular.

Los ladrones, unos zagaletos cuyas edades oscilan entre 14 y 18 años aproximadamente, esperan en los sitios más concurridos, que pasen los portadores de bastones, y se los arrancan para luego salir a la carrera y perderse en el gentío.

Una de las últimas víctimas de esa banda que llaman los bastoneros, fue el cineasta Nicanor Ordosti, quien a raíz de la última enfermedad se ha visto obligado a usar el bastón.

-Me esperaron a la salida del metro, en Capitolio, dijo, y me despojaron del bastón, con lo que me dejaron inmóvil. Menos mal que algunos jóvenes persiguieron al ladrón y me devolvieron el objeto robado.

Y como comentario final, agregó que ningún policía apareció por los alrededores”.

-...No creo tener el placer de conocerla. ¿Me busca a mí?

-¿Es usted Leovigildo Hernández, verdad?

-Sí, a sus gratas órdenes, ¿en qué puedo ayudarla?

-Yo soy Ofelia.

-¿Ofelia?

-Soy amiga de Pablo Ruiz...

-¡Ah! La mujer del Pajarito... Cuánto gusto. ¿Dígame, usted vino sola o es que la mandaron?

-Vine sola, Pablo no sabe que estoy aquí.

Mientras conversan, Leovigildo mira a Ofelia fijamente, la detalla, la escruta.

Luego le reclama:

-Aja, y viene a buscar personalmente el material, sin intermediarios molestos. ¿No es verdad?

-No. No vine a escuchar sus historias, vine porque quería conocerlo. Usted aparece siempre en nuestras conversaciones y sentí deseos de conocerlo.

-¡Coño, menos mal que es así la cosa! Porque yo no podría tratar con usted directamente y dejar al Pajarito por fuera; sería una grave falta de ÉTICA, y el Pajarito en esas cosas es muy ajustado. Además, usted está libre y yo aquí dentro, y se perdería el trabajo -le dice Leovigildo mirándola de arriba a abajo.

-Usted es realmente mucho más simpático de lo que Pablo me había dicho. ¿Dígame, cómo le va con los presos, son buenos compañeros...? ¿Ya consiguió el que lo va a hacer feliz en sus largas vacaciones en este maravilloso hotel de verano, o no ha encontrado quien satisfaga sus grandes aspiraciones fálicas?

-¡Señorita, cómo es posible, cuide su vocabulario! Si la escuchan los guardias no me van a dar postre en la cena; hasta podrían lavarme las orejas con jabón las llaves por escucharla.

Ríen abiertamente. Un funcionario les señala el ahora desocupado sillón verde, y ambos van a sentarse para continuar charlando:

-Dígame una cosa -pregunta Leovigildo-, ¿qué hay de la vida de Pablo? Hace tiempo que no viene por aquí. Es la segunda vez que se me pierde. Normalmente se aparecía una o dos veces por semana.

-Tenía entendido que usted lo había corrido -responde Ofelia-. Ya sabe cómo es él, para ciertas cosas es muy sensitivo... Como un niño.

-Bueno, es verdad que le dije que no volviera, pero fue en un momento de ofuscación. No tenía por qué hacerme caso al pie de la letra. Lo cierto es que el Pajarito es buena compañía. Dígale que venga, que le tengo unos cuentos de película.

-Se lo diré, aunque también está un poco perdido de mi casa... No es culpa de él, claro. Es que hay épocas en que no lo aguanto. Últimamente le ha dado por leerme recortes de periódicos... Como éste...

Ofelia busca en su cartera, y le entrega a Leovigildo una página del diario “El Nacional”. Leovigildo se dispone a leerlo y manifiesta:

-Si ya hasta me he aficionado a las historias que le gustan al Pajarito.

“No deben estar juntos un tigre y un dragón”.

EL FANATISMO RELIGIOSO CAUSA DEL
CRIMEN EN EL “CHINA PALACE”

El presunto asesino estaba ilegal en el país y la policía investiga tráfico de chinos y falsificación de documentos.

Fabricio Ojeda D.

Por motivos religiosos asesinó el joven chino a su patrón en el bar restaurante “China Palace” de Los Dos Caminos.

Cen Yan Lin -el lunes hubo confusión sobre la correcta escritura de su nombre- declaró con frialdad a través de un intérprete, que en el negocio está colgado un cuadro que atenta contra los principios de su culto.

En la representación, con las imágenes características del arte oriental, aparecen juntos un tigre y un dragón.

El joven (aún no se sabe su edad exacta porque su documentación es ilegal) afirmó que para que ambos animales estén bien, uno separado del otro, debía sacrificar a alguno de los propietarios del cuadro, cortándole la cabeza y las manos.

Aseguró que tenía que ser así, “porque una persona a la que le separan la cabeza y las manos del cuerpo nunca irá al cielo” según los preceptos de su extraña religión, cuya naturaleza aún no ha sido determinada.

Y así lo hizo. El lunes, cuando numerosos clientes almorzaban en el local, subió hasta la oficina-dormitorio del anciano Yan Che Sheuma, de 75 años, y con una hachuela de cocina lo desolló cuando éste miraba la televisión sentado en un sofá color marrón.

Luego terminó de cercenarle la cabeza y la colocó sobre una bandeja de plata bordeada con unos palillos chinos. Lo mismo hizo con la mano izquierda y pensaba hacerlo con la mano derecha, cuando Yan Kan Hines, hijo del infortunado anciano, le sorprendió en plena faena de amputación.

El hombre, dueño del restaurante, logró encerrar al asesino y la víctima en el pequeño recinto. Luego la Policía Metropolitana lo detuvo para ponerlo a la orden de los Tribunales de Justicia.

Investigan Tráfico de Chinos

Cen Yan Lin -de 18, 20o27- años permanecía ilegalmente en el país.

Había entrado el 20 de Mayo de 1985 por Colombia, vía Maicao, y el comprobante de cédula que portaba tenía curiosamente esa misma fecha de expedición.

Lo extraño es que el joven poseía un pasaporte visado en el país vecino, que nunca presentó en el consulado venezolano.

Ambos documentos están a su nombre, e incluso el comprobante tiene impresa su huella digital. Pero, ahí esta el detalle, el número no corresponde a esa cédula de identidad.

Por eso la policía abrió una investigación para determinar la forma como este muchacho, y otros empleados de este restaurante que están en iguales condiciones, entraron al país.

También realizó el cuerpo detectivesco una reseña interna conocida como R- 10 al presunto homicida. Esta será enviada a la Interpol para que averigüe la verdadera identidad de Cen Yan Lin y si está involucrado en otros hechos delictuosos.

Poema maldito

No sólo el fatídico cuadro incitó a Cen Yan Lin a cometer el macabro asesinato.

También -de acuerdo a su declaración- “en el restaurante había una serie de poemas (en chino) que atentaban contra sus creencias religiosas”.

Tampoco como apuntábamos anteriormente, “podía concebir a un tigre y a un dragón juntos”.

Ahora la policía trata de determinar qué hizo el indiciado durante los siete días que estuvo ausente de su trabajo como ayudante en el restaurante, porque es posible que el crimen haya sido ordenado por alguna secta religiosa.

El joven trabajaba desde el año pasado en el local y hace una semana lo suspendieron por razones aún no claras. El lunes, cuando

cometió el asesinato, era su primer día después de su reincorporación.”

Mientras Leovigildo lee, Ofelia se entretiene interpretando unas estadísticas que contiene un pizarrón pintado en una pared de la sala de visitas:

Numero de Reclusos en Mérida	993	100	%
Hombres (Cárcel Pública)	850	85,5	%
Mujeres (Cárcel de Mujeres)	143	14,4	%
Con sentencia definitiva	34	3,4	%
Reincidentes	397	40,0	%
Reclusos alta peligrosidad	68	6,8	%
Fugados	5	0,5	%
Analfabetas	580	58,4	%
Educación Primaria terminada	81	8,1	%
E. Secundaria terminada	25	2,5	%
E. Universitaria terminada	2	0,2	%

Finalmente Leovigildo termina de leer la noticia en el periódico, y opina, llamado la atención a Ofelia:

-No está mal. Dicen que cuando se muere un chino mejora la comida en el restaurante. ¿Usted ha sabido alguna vez del entierro de un chino?

Ofelia no contesta, y le entrega otro recorte que tiene en la mano, un aviso clasificado:

“COJO DE PIE IZQUIERDO SOLICITA COJO
DE PIE DERECHO QUE CALCE 40 PARA
COMPRAR ZAPATOS JUNTOS. INFORMES
CON RICHARD TELEFONO 665789”.

Leovigildo sonríe, ante la mirada observadora de Ofelia, y luego exclama:

-¡Este Pablo! Pero déjeme anotar el número para jorobarlo después; al Richard claro.

-¿Me permite hacerle una pregunta? -le dice Ofelia queriendo introducir un tema nuevo.

-Me está haciendo ya una. Pero sí, cómo no, h game otra, aproveche que estoy generoso hoy.

-¿Le cont  usted a Pablo los sucesos de la muerte del estudiante? Para mí es importante saberlo...

-En eso me atengo al precepto constitucional: no estoy obligado a decir nada que me incrimine -responde enfáticamente Leovigildo.

Ofelia se abstrajo, su rostro enrojeció de rabia. Permanece un momento callada y luego dice visiblemente contrariada:

-Ya me respondió... Me lo suponía, qué idiota fui. Usted no le iba a confiar el suceso más importante de su existencia al primero que se presentara a la cárcel a preguntarle. Debí haberlo pensado antes.

-¿Y qué va a hacer? -inquire Leovigildo-. Lo va a obligar a hacer gárgaras con creolina por mentirle (¿si es que le mintió?). Que yo sepa es el Pajarito el que tiene razones para mandarla con los angelitos; pero no a soñar con ellos, sino en vivo y directo, sin satélite.

-Usted no comprende, no lo conoce bien. En el fondo él está satisfecho con que las cosas sean como son... Le voy a contar cierto episodio de su vida para que tenga un panorama más amplio: Cuando Pablo tenía veintidós años y estaba por graduarse en la universidad, era novio de una de sus compañeras de estudios. Habían fijado fecha para el matrimonio y demás, pero la muchacha sufrió un accidente automovilístico y quedó en estado de coma. De eso hace unos cuantos años ya, y la muchacha siguió viviendo, vegetal, con vida artificial, pues no despertó más. Pablo esperó mucho tiempo su recuperación, visitándola a diario. Después la cambió a una clínica en Caracas, que seguramente él pagó, sin dejar de estar pendiente de ella. Bueno, por lo menos así era hasta hace tres años cuando la madre de Pablo me lo contó pensando que yo iba a salir corriendo... No sé qué pasó con la pobre muchacha, supongo que habrá muerto. Pablo nunca me habló de ella... Y yo no quise saber nada... Esto le da una idea de quién es Pablo. Quién sabe qué hubiera ocurrido si yo hubiese querido casarme, tener hijos y todas esas cosas... Pero esto no significa que yo soy como soy por él...

-De eso estoy seguro, si salta a la vista... Pero no pare de hablar, sígame contando, es muy interesante... Me siento como si fuera la trabajadora social de la cárcel de mujeres, enterándome de hasta el último detalle de la vida de la gente.

Ofelia guarda silencio para luego decir alicaída:

-No, no hay nada más que contar.

-Pero por lo menos dígame cómo lo va a castigar, recuerde que no es un niño cualquiera -la fastidia Leovigildo.

-¿Le gustaría que le encargara el castigo a usted...? Ya se enterará, no se inquiete, usted siempre termina sabiéndolo todo. Por lo menos eso dice Pablo. Pero ya es hora de que me vaya; me despido, que se mejore pronto...

Leovigildo, sorprendido por la pronta partida de Ofelia, cambia el tono por uno meloso, íntimo:

-Tan rápido, no puede ser, pero si todavía tenemos tantas cosas de que hablar... Me gustaría contarle...

Ofelia se pone de pie. Leovigildo no sabe cómo retenerla, y como último recurso le dice:

-¿No me va a dejar que le susurre un cuento en la orejita...? ¿Dígame una cosa, qué va a hacer el viernes por la tarde? El viernes vienen las muchachas...

Ofelia detiene su andar y le habla en tono irónico:

-¡Ah, sí! Ya me han contado... Debe ser maravilloso: las niñas llegan por la puerta trasera, los presos se colocan en fila india con su dinerito sudado en la mano apretada. Las niñas entran en varios cuartuchos separados por tabiques de cartón que dejan escapar todos los ruidos (imagino que habrá aplausos y pitas desde afuera); les dan unos minutos a cada uno, entran, hacen lo que tienen que hacer y salen. ¡Qué maravilla!

Ofelia reanuda su camino a la puerta. Leovigildo la sigue, suplicante:

-Espere, no se vaya, yo podría hacer que entrara a una hora en que no estén las otras mujeres, cuando no haya nadie... Tengo influencias, nadie se enterará, espere, espere... ¡COÑO DE LA MADRE...!

-¡Caramba, regresó el hijo pródigo! ¿Cómo le ha ido, Pablo? -le dice Leovigildo mientras juega a arreglarle la solapa de la chaqueta-. Bienvenido, me tenía preocupado, creí que la había pasado algo...

-Estoy bien, gracias. Me dijo Ofelia que quería hablarme -contesta secamente Pablo.

-Bueno sí, como no había vuelto... Ya sé que le dije que no regresara, pero fue en un momento de rabia, ya me conoce. Además, gran carajo, le tengo unas historias de espanto y brinco.

-Qué bueno, me interesan, pero antes dígame a qué vino Ofelia.

-¿No se lo dijo?

-Me dijo que pensaba organizar un espectáculo de danza para los presos...

-¿Eso dijo la mujercita? ¡Ja! Tengo cara de ser el secretario de cultura de la Cárcel Pública. ¿Se imagina a diez muchachas danzando semidesnudas en el patio? ¿Sabe cuántos hombres hay en este infierno, que no ven, que no tocan a una mujer desde hace años? No pasarían cinco minutos sin que se abalanzaran sobre ellas como locos... Y seguramente la prensa me señalaría como “el cabecilla del amotinamiento y posterior violación de las doncellas”. ¡Ja!

-Yo sé que vino a conocerlo, pero algo más andaba buscando...

-...Nada en particular - rehuye Leovigildo-. Le voy a dar un consejo gratis, por ser usted mi amigo predilecto: cuídese de esa mujer, Pajarito, cuídese que es peligrosa.

- ¿Peligrosa? No le entiendo...

-Está muy disgustada con usted, dijo que la engañó, que le mintió y se las iba a cobrar caro.

-...Usted le dijo que no me había contado lo de la muerte del estudiante - afirma Pablo apesadumbrado.

-No, yo no le dije nada. Ella fue atando cabos; ya lo sabía... Se puede decir... -responde a la defensiva Leovigildo.

-¿Y usted no le dijo nada, no la ayudó?

-¿Yo? Yo soy fiel a mis amigos alega Leovigildo. Luego da media vuelta, y de espaldas a Pablo le dice:

-Pero, en realidad, no era lo único que quería...

-¿Sí? ¿Y que más quería?

- ¡Imagínese!

-¡Ahora me va a decir que quería escuchar sus cuentos, y AGRADECERLE por ellos... desde luego...! ¿Va a conseguir un permiso especial para pasar una noche a la semana en el Hotel Prado Río con ella? -chilla Pablo visiblemente molesto.

-Vendrá el viernes -le dice Leovigildo sentado ahora en el sofá verde.

-¿El viernes? Está loco, me está diciendo que viene con las putas -inquiere Pablo mientras camina. Luego, alterado lo toma por los hombros.

-En eso quedamos -dice Leovigildo inmutable-. Además la culpa es suya por no saber tratarla. A las mujeres hay que ponerlas en su lugar: "a las putas hay que tratarlas como señoritas, y a las señoritas como putas". Ese es un postulado que nunca ha fallado.

-¿Y a ella cómo debo tratarla, como una puta o como una señorita? -pregunta Pablo con la cara entre las manos.

-Debería darle lo que merece. ¿Cuántos años lo ha tenido jodido? Y usted como un pajarito enamorado, buscando cuentos para la amada, mientras ella se divierte con otros. ¡Coño, si será pendejo... pendejo no, huevón!

-No siempre fue así -observa Pablo resignado-. No siempre tuve que contarle historias... Pero en algo tiene razón: debería librarme de ella.

-Yo me encargo de todo -manifiesta entusiasmado el recluso poniéndose de pie-. Usted no tiene nada de qué preocuparse. Desde aquí adentro yo muevo todos los hilos necesarios. Sólo debe buscar cierta cantidad de dinero, de lo demás me encargo yo...

-No dije librarme de ella en ese sentido. Me refería a no verla más, a apartarme de ella.

-¡Sí, como no! ¿Y cree que lo logrará? Como si fuera tan fácil. ¿Cuántas veces lo ha intentado?

Leovigildo mira a otro lado y continúa:

-Me estuvo hablando de su novia, la que tenía vida vegetal, la puso como ejemplo para mostrarme como era usted...

Pablo se sobresalta al escuchar a Leovigildo. Luego queda ensimismado, se siente cansado, agobiado. Todo pierde sentido para él, el recinto cambia sus colores vivos, aceitosos, que pasan a ser grises, opacos. Regresa para decir:

-Haga los contactos, buscaré lo necesario...el dinero, después veremos.

-Así me gusta. Comienza a hablar como un hombre -asegura Leovigildo satisfecho.

-Regresaré el viernes... Mejor el lunes.

-No se vaya a guevoniar en estos días...

-No, no se preocupe -manifiesta Pablo camino a la puerta.

La lluvia de la tarde crea una espesa cortina que impide definir con nitidez los objetos que se encuentran tras ella. Rubén Fariñas espera, mirando por el cristal de la ventana frontal de su casa. Sentado en el recibo, se encuentra el padre de Pablo Ruiz, el juez Pedro Ruiz Rivas, que aguarda con los ojos cerrados pareciendo estar dormido. El ruido de la llegada de un automóvil quiebra el silencio. Rubén observa una figura oscura, brillante, que traspasa la reja del jardín y camina hacia la casa. La claridad eneguedora producida al abrirse la puerta, es obstaculizada por un hombre bajo cubierto hasta la cabeza por un impermeable negro. Es Luis Alfonso Viera, médico psiquiatra, el padre de Ofelia Viera La Rosa. Entrega el cobertor a Rubén, y penetra dando un pequeño salto para eludir la alfombrilla de la entrada. El juez sigue, sin decir palabra, los rastros barrocos del recién llegado, quien habiendo ya estrechado la mano de Rubén, se dirige hasta él con las mismas intenciones, saludándolo:

-¿Cómo está usted?

-Digamos que bien, tratando de ponerle buena cara al mal tiempo - responde el juez.

-Siéntese, por favor, ya nos traen un cafecito -asegura Rubén.

Pronto sienten el aroma del café al colarse. Apenas hablan mientras consumen sus negritos en tazas humeantes. Una vez retirado el servicio por la empleada, Rubén les habla pausadamente:

-Creo que ustedes deben haber imaginado por qué los cité esta tarde. Lamento mucho haber tenido que molestarlos, cuando apenas han pasado tres semanas de los sucesos, pero mientras más tiempo transcurra será más difícil aclarar esta tragedia...

Las palabras de Rubén, a pesar de ser esperadas por los ancianos, le cambia los rostros ya entristecidos. El juez parece mostrar una mueca de dolor, pero la contiene.

-Ustedes saben que fui amigo de sus hijos -continúa Rubén-. Estaba muy ligado a ellos. Era socio en el bufete de Pablo, y trabajamos juntos en la misma cátedra de la universidad. A Ofelia la conocí desde que era niña (doctor Viera, usted debe recordar tantas veces que comí en su casa), y como adultos nos unió una estrecha amistad, incentivada por su relación con Pablo. Desgraciadamente, ya no podemos evitar que ocurra lo que ocurrió, pero lo menos que podemos hacer es descubrir a los culpables de sus muertes...

El juez Ruiz, no pudiendo contenerse más, interrumpe emocionado:

-Acaso los vamos a resucitar con eso. De qué nos sirve encerrar quince años a unos desgraciados... No nos van a devolver a nuestros hijos...

-Tranquílcese, Ruiz -interviene el doctor Viera-. Ya nada se puede hacer, perdimos para siempre a nuestros hijos... Deje que el muchacho termine de decir lo que quiere decirnos.

Un breve silencio se instala en la sala. Rubén retorna la palabra:

-En síntesis, lo que quiero que sepan es que la Judicial no va a esclarecer sus muertes. Hemos presionado desde los tribunales, desde la universidad, por la prensa, sin conseguir nada. Por el camino que va, el caso se convertirá en un cangrejo con toda seguridad. Yo no quería molestarlos, pero después de mucho pensar, llegué a la conclusión de que somos las personas más cercanas a Pablo y Ofelia...

-¿Y de Leovigildo Hernández también? -interrumpe otra vez el juez, creando un ambiente tenso.

-Creo que es un insulto a las memorias de Pablo y Ofelia -prosigue Rubén con vehemencia-, un insulto a nuestra inteligencia, a nuestra sensibilidad como miembros de una sociedad organizada, permitir que sus crímenes queden impunes. No debemos agregar al dolor por sus muertes, el dolor por la injusticia que se cometería si no se procesa a los culpables.

-¿Y cómo podemos ayudar este par de viejos... desechos? -pregunta el médico.

-De muchas formas -contesta Rubén-. En primer lugar son, junto conmigo, las personas más cercanas a Pablo y Ofelia, quienes más los conocían. Y en segundo lugar, porque ustedes tienen muchas influencias que ayudarán a que se abran puertas ahora cerradas, y que nos llevarán a conseguir respuestas a nuestras preguntas. doctor Viera, usted fue decano de la Facultad de Medicina y director del Hospital. Y usted, doctor Ruiz, fue juez Superior de Mérida por más de veinte años. Ustedes saben lo que se puede conseguir a través de influencias en este país... No les pido que salgan a la calle a jugar a los detectives. Sólo les pido que me ayuden a atar cabos, a reunir la máxima información.

-Es increíble el parecido que usted tiene con mi hijo: es obstinado e ingenuo -asegura el juez...

-...Lo más importante e indicativo sucedió en una de sus clases -habla Rubén-: al parecer Pablo llegó antes de la hora, y estando la cátedra vacía se sentó a escribir. Sus alumnos comenzaron a llegar, y una vez que sonó el timbre les leyó, sin explicación, el texto que había escrito. Voy a buscarlo para que ustedes lo lean y juzguen.

Rubén busca en su portafolios, entre recortes de periódicos y documentos. Al fondo se escucha la lluvia. Y a petición de sus invitados les lee, aclarando primero el origen del escrito:

-Es común, era común, que Pablo les leyera al inicio de la clase algún texto, que por lo general nada tenía que ver con el curso que dictaba. Recuerdo que cuando fui su alumno nos leyó la Apología de Sócrates, y un trozo de El Castillo de Kafka. Por eso sus alumnos no se sorprendieron con la lectura de Pablo aquel día. Y como es costumbre entre los estudiantes, varios llevaron sus grabadores a clase, y los encendieron para luego transcribir lo grabado a máquina. Es por esta

razón que el monólogo de Pablo sobrevivió, y tomó interés entre los estudiantes una vez sabida su muerte. Dice así:

“Dejar de ser espectador y pasar a ser protagonista del filme. No ser más “lector hembra” y lograr entrar en el libro para cambiar el curso de la trama, el final. Oír la melodía, y saber que cada nota escuchada por todos atentamente, e incluso bailan, la ordené yo...”

¿Quiénes somos, para qué vivimos los que estamos fuera del escenario, los que pasivamente nos dejamos llevar por el río de vida que los actores represan, y nos entregan en dosis justas? ¿Tiene algún sentido esa nada que nos llena; debemos vivir con ella, para ella?

Desde niños nos educan, liman todas nuestras asperezas. Con muchos de nosotros logran un buen trabajo: quedamos tan bien programados que nuestros maestros nos ven pulcros al vestir, afeitados, nos saben cultos y morales, y se enorgullecen de su labor. Los años van pasando, y vamos ¿triunfando? desde este lado del escenario; sólo dejamos oír los aplausos al final de la obra (y algún tímido bravo en cierta ocasión), para luego regresar a nuestras casas, a nuestra nada habitual.

A veces amamos, y ese amor nos coloca ante nuestros propios ojos en las tablas. ¿Cuántas veces nos hemos sentido Hamlet? Pero es sólo un espejismo, seguimos del otro lado, interrumpiendo la obra con aplausos, aplaudiendo entre actos, al final, hasta que un día nos damos cuenta del lugar donde estamos. Nos damos cuenta, siempre tarde, después de haber dado todo. Y nos sentamos a pensar con el dolor, o cuando éste ha pasado: ¿qué nos ha hecho seguir lo efímero, lo inalcanzable, por qué nos aferramos a lo imposible?, queriendo atrapar el viento en nuestro pañuelo, y al final haber sentido apenas su frescura, su paso arremolinando nuestro cabello.

Sin embargo lo volvemos a hacer, otro día, claro, seguimos otro fantasma (no cualquiera, escogemos al más huidizo) y creemos ser las estrellas. O en el peor de los casos, nos aferramos al mismo espectro indefinidamente, infinitamente, siguiendo sus pasos cuando nos permiten ser “la sombra de su perro”, alimentándonos de las migajas que nos echan. Mientras menos nos dan, más nos alegramos de recibir algo, y estamos prestos a reaccionar al menor chasquido de sus dedos.

Aunque hay una solución, lo sabemos, la deseamos, le tememos, y generalmente no nos atrevemos a hacerla realidad, pues nuestras asperezas fueron bien limadas, y nos creemos incapaces

de subir al escenario. La mayoría Opta por el silencio, por el aplauso, la sumisión. Yo en cambio opto por jugar a la verdadera vida sin temer a las con secuencias, por subir al escenario, aparecer en la película, escribir la parte más importante de mi historia, mi destino...”

-Eso fue todo. Terminó de leer el texto, se puso de pie y se marchó. Los estudiantes hicieron muchas copias de la transcripción del escrito después de la muerte de Pablo. Todos, alumnos y profesores de la facultad, lo han leído... e interpretado.

-Es un texto ambiguo -observa el médico-, puede sugerir muchas cosas.

-Conociendo a Pablo -replica el juez- solamente puede significar que estaba en problemas, y que había decidido hacer algo importante, algo radical. El siempre fue impulsivo, era todo o nada. Cuando tenía diecisiete años tuve que encerrarlo toda una semana para evitar que se fuera a las guerrillas; escuchaba los discursos de Castro por la radio, y se lo pasaba leyendo a Mao, y no sé cuántos soñadores más. ¿Se imaginan? El hijo del juez Ruiz guerrillero...

-Tal vez no le enseñó a Ofelia a diferenciar entre lo que está bien y que está mal -recrimina el juez.

El rostro del médico se enrojece, hace un ademán como si fuera a discutir, pero se controla y guarda silencio. Rubén les propone muy acertadamente un trago de güisqui, y camina en busca de la botella, mientras el médico le confiesa con voz tenue al juez:

-Tengo tres semanas preguntándome: ¿Qué hice mal, cómo debí criarla, cuáles fueron mis errores? Siempre permitimos que ella tomara sus decisiones, que eligiera, que hiciera lo que quisiese. Pensábamos que era lo mejor...

La espera se hizo interminable, hasta que el juez protesta:

-No veo a dónde nos va a llevar todo este palabrerío inútil, análisis... como ustedes lo llamen. Yo propongo que hagamos otra cosa, que salgamos de aquí...

Rubén regresa con el licor y lo coloca en la mesa del recibo. Mientras sirve, el médico garabatea en una hoja, concentrado en el escrito de Pablo. Rubén le habla al juez:

-Tenga paciencia, doctor Ruiz, verá que no perdió el tiempo, ya vamos a terminar.

-Tal vez al juez no le gusta lo que da a entender Pablo al final del escrito - observa el médico.

-¿Y qué da a entender? Díganoslo -inquire el juez.

-Muy bien, si así lo de-sea -expone el médico, con una hoja llena de líneas y palabras en una mano y su pluma en la otra-. Sugiere que la solución a sus problemas es salir del anonimato y actuar, subir a las tablas (solución en cuanto a su amor imposible, a la dominación). Actuar, escribir su historia, la culminación de su historia personal. Subir a las tablas, dejar de ser espectador y protagonizar... ¿Y para un abogado criminalista, cuál es la forma de protagonizar, de vivir el drama en toda su intensidad? La respuesta es obvia: pasando a ser el delincuente, el criminal, matando a Ofelia.

-Retráctese inmediatamente, está calumniando la memoria de mi hijo - vocifera el juez indignado.

-Quedamos de acuerdo en que íbamos a aclarar las cosas, para eso estamos aquí -se defiende el médico.

Rubén media en la disputa señalándoles:

-Recuerden que fue Pablo el primero en morir, por lo tanto el no pudo matar a Ofelia. Aunque el texto parezca indicar lo contrario.

-Sí, Pablo fue el primero en morir, eso mismo iba a decirles –interviene el galeno-. Además era incapaz de matar a nadie, rechazaba toda forma de violencia. En muchas ocasiones discutimos sobre la pena de muerte, era totalmente contrario a su aplicación.

-Bueno... había cambiado de parecer -señala Rubén ante la cara de sorpresa del juez-. Fundamentaba su cambio en el hecho de que diariamente mueren en el país tres o cuatro delincuentes, o supuestos delincuentes, en manos de la policía; pensaba que existiendo la pena de muerte los policías dejarían de ser jueces y verdugos y bajaría considerablemente la cifra de abaleados... Aunque también influyó en su cambio de filosofía, supongo yo, el asalto que la madre de Pablo sufrió en la casa de la playa...

-Pero eso ocurrió hace muchos años, Pablo era un niño -refuta el juez.

-Sí, pero con la muerte de su esposa el año pasado, Pablo recordó el suceso, pensó mucho en él, y me lo comentó en un par de ocasiones.

-Yo más de una vez vi gente jurando en un juzgado -habla el juez- que Perencejo estaba con él, y con no sé cuántos amigos más, en Cumaná, jugando truco, justo en el mismo momento en que asaltaba una joyería en Mérida. Por otro lado queda el hecho de su desaparición después de la muerte de Pablo... ¿Dónde estuvo Ofelia las dieciocho horas que transcurrieron entre la muerte de Pablo y su muerte? ¿Por qué la policía no logró encontrarla, por qué se ocultó?

-¡Yo sé dónde estaba! -exclama el médico-. Permaneció en mi casa... Bueno, yo lo descubrí después que supe la noticia de su muerte. El día del asesinato de Pablo, la policía fue a la universidad para preguntarme por Ofelia; en ese momento no sabía nada de ella, y eso les dije a los policías que me informaron de la muerte de Pablo. Traté de comunicarme con Ofelia todo el día. Ese lunes tuve que trabajar hasta tarde en el hospital, llegué a la casa cansado y me acosté. En la mañana del martes salí como a las diez para el hospital, donde me encontré con la noticia de la muerte de Ofelia... Me pidieron que la identificara... Al mediodía me llevaron a la casa, y fui a su cuarto... y descubrí que había estado recientemente en él, pues la cama estaba sin tender y había platos sobre su escritorio... Ofelia conservaba llaves de la casa. Estuvo en su cuarto desde que se enteró de la muerte de Pablo, seguramente estaba en la noche cuando llegué, y no lo advertí. Si sólo hubiese dejado caer un cubierto, o golpeado una puerta, yo la habría escuchado y hubiese podido hablar con ella... La hubiera convencido para que se quedara y no se fuese de madrugada a su casa, donde el criminal la estaba esperando...

-¿Nadie más tiene llave de la casa? -pregunta Rubén con voz suave.

-Mariña, mi sobrina, que estaba en Maracaibo, y la señora que limpia los miércoles y los sábados, y como era lunes... -responde el médico mientras se sirve otro trago de güisqui.

Los tres hombres permanecen en silencio, pensativos. Luego Rubén decide hablar:

-Creo que tenemos algunos datos importantes: sabemos que había un distanciamiento entre Pablo y Ofelia, a simple vista parece haber razones para un enfrentamiento entre ambos: Pablo sugiere en el texto una abierta hostilidad hacia Ofelia, y Ofelia podría estar motivada por el supuesto matrimonio de Pablo. Pero es indispensable averiguar el suceso que parece haber transformado a Pablo hasta el punto de llevarlo a... actuar.

-Tengo la impresión -inquiere el médico- de que usted tenía sus conclusiones preparadas de antemano.

-Lo mismo pienso yo -señala el juez.

-Lo lamento -reconoce Rubén-. Tiene razón... pero no era mi intención adelantármeles. Si les pedí que analizáramos el texto juntos, es porque me pareció indispensable que ustedes sacaran las conclusiones por su propia cuenta, y no en base a un discurso que yo pude haberles hecho al inicio de nuestra conversación. Entiendo que todo esto es molesto, doloroso para ustedes, pero no vi otro camino...

-Nuestro joven "Sócrates" parece divertirse con la tragedia de este par de viejos... -ataca el médico.

-Eso no es cierto. Esa no es mi intención -se defiende Rubén poniéndose de pie-. Lo único que me interesa es saber la verdad, y si los llamé a ustedes es porque pensé que eran las personas más interesadas en aclararlo todo... No pueden negar que se han beneficiado con la información que les he proporcionado. Todavía tenemos mucho que aportar cada uno... No se distancien por mi torpeza... Lo importante son los objetivos que nos hemos propuesto.

La sala queda en silencio, permitiendo escuchar la brisa que golpea el vidrio de la ventana donde comienza a anunciarse la noche. El juez decide hablar:

-Dadas las circunstancias, debo decir que no me siento a gusto en esta casa, ni con esta conversación. Pero creo que no puedo hacer de la vista ciega, dar media vuelta y regresar a mi casa, como tantas veces hice con otros problemas. No, ya no tengo nada que perder... Tantos años cuidando, vigilando, no pisar ningún pie bien calzado. Y aunque estábamos muy distanciados, todo lo que tenía era Pablo., y ya no está. No podría seguir en mi casa, esperando... sin saber...

-Usted tiene la palabra -le indica el médico a Rubén, quien sale de su letargo y continúa hablando:

-...Hay un segundo punto, muy importante, que consiste en la imposibilidad material de que Pablo y Ofelia hayan atentado personalmente uno contra el otro. Esto suponiendo que así haya sucedido. Lo que nos lleva a la necesaria intervención de terceras personas. Y pienso que es más factible que así haya

ocurrido, pues realmente me es imposible imaginar a Pablo y a Ofelia llevando a cabo un acto de violencia premeditada, como actores materiales...

-¿Y Leovigildo Hernández cómo encaja en esta hipótesis? -pregunta el médico.

-Murió tres días después de Ofelia -contesta el juez-. Además, como la prensa ha señalado reiteradamente, existió al parecer una “amistad” entre Leovigildo y Pablo. Si sus muertes están relacionadas, seguramente los autores son los mismos. Yo voy a ir a la cárcel a indagar todo lo que pueda... Pero quiero dejar constancia de que dudo de la premisa que se ha planteado como punto de partida, pues no creo que mi hijo Pablo haya sido un asesino.

-Doctor Viera -pregunta Rubén-, ¿podrá usted conseguir copias de las autopsias?

-Creo que sí -responde el médico dudando.

-Yo investigaré en la universidad y en la oficina -señala Rubén y luego pregunta-, ¿doctor Viera, sabe usted si Ofelia tenía alguna amiga íntima, o algún confidente que pueda ayudarnos...?

Al partir de la casa de Rubén, los invitados dejan olvidados sobre la mesa de recibo, un gráfico hecho por el doctor Viera, y un recorte de periódico del día anterior, con un comunicado del Colegio de Abogados.

COMUNICADO

La Junta Directiva del Colegio de Abogados del Estado Mérida, en pleno uso de sus atribuciones, actuando en razón a los homicidios que segaron la vida de tres conocidos miembros de esta organización, los doctores: Ofelia Viera La Rosa, Pablo Ruiz Pinto y Leovigildo Hernández, ha acordado por unanimidad en la reunión extraordinaria del día Quince de Agosto del presente año, hacer del conocimiento público lo siguiente:

CONSIDERANDO

Que han transcurrido tres (3) semanas desde que fue segada la vida de la última de las víctimas del espantoso Triple Homicidio, que conmovió a la colectividad regional y nacional.

CONSIDERANDO

Que hasta el día de hoy no se han efectuado detenciones, ni se ha informado de ningún progreso en las investigaciones que realizan los cuerpos policiales para el establecimiento de las responsabilidades penales,

CONSIDERANDO

Que existe un temor fundado, tanto en la colectividad como en los miembros del gremio, de que el Triple Homicidio quede sin resolverse, efectuándose un daño irreparable a la Justicia y a la Sociedad.

ACUERDA

PRIMERO: Nombrar una comisión que viaje a la ciudad de Caracas, con la finalidad de entrevistarse con el Presidente de la República para plantearle la problemática arriba señalada, y pedir su intervención para la implementación de políticas que conduzcan al esclarecimiento del Triple Homicidio.

SEGUNDO: Mandar copias del presente comunicado al Ministro de Justicia y a los Jefes Nacionales y Regionales de la Policía Judicial.

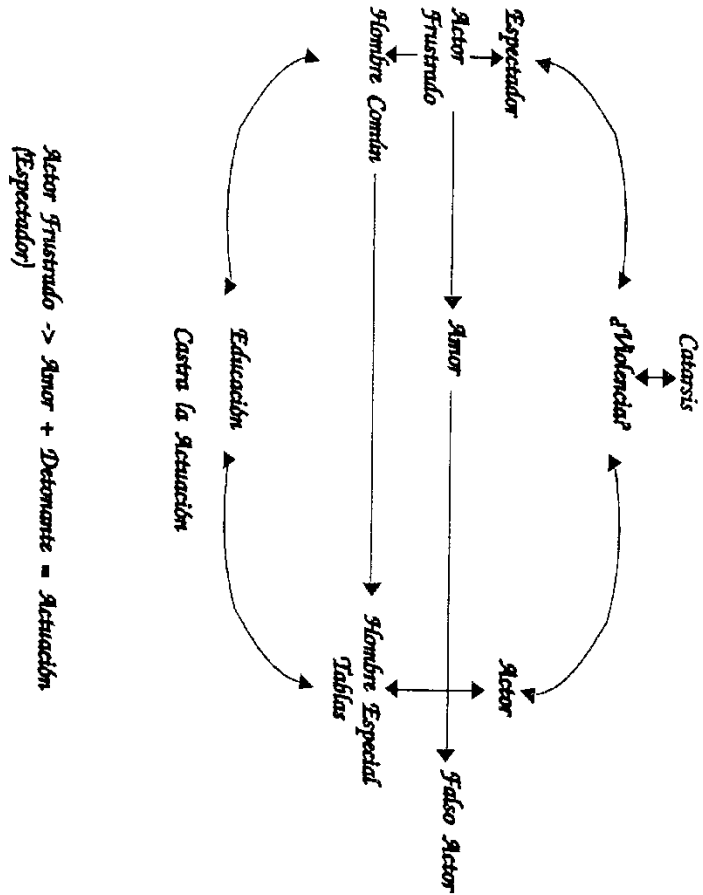
TERCERO: Publicar en todos los periódicos del Estado, y en los principales del país, este comunicado, como muestra de inconformidad de todo el Gremio de Abogados de Mérida por la actuación de los organismos investigadores, y la impunidad de los asesinos.

Por la Junta Directiva del Colegio de Abogados:

El Presidente: Dr. Juan de Dios Morales Ramia.

El Secretario: Dr. Alcides Castro M.

Espectador->Tiempo Perdido
 Actor (Protagonista)
 Educación->Castración la Actuación
 Amor->Falso Actor
 Amor Imposible, no correspondido
 Detonante->Catalizador



-Definitivamente, no eres la reencarnación de Isadora Duncan. Ella a tu edad tendría dos hijos por lo menos.

-Es cierto, soy mejor. Y voy a hacer como que no escuché lo de los hijos.

-¿Y qué haces aquí entonces? Debiste haber aceptado el contrato que te ofrecieron en Caracas, y bailar profesionalmente.

-Tal vez sí. Pero quién me contaría las fascinantes historias a las que estoy acostumbrada...

Pablo se abstraigo. Su memoria lo llevó a aquellos días calurosos de un diciembre cuando conoció a Ofelia. Por un momento se encontró nuevamente en aquella habitación sin ventanas, la luz penetrando en líneas por unos cristales horizontales, colocados en la parte alta de una pared. Abajo, Ofelia danza en silencio, sin música, con pasos lentos, extraños, animales que saltan, sienten, tejiendo con su cuerpo hasta representar una historia. Pablo la mira, recostado en la cabecera de la cama, fascinado, embriagado en un sopor, callado. Por instantes, Ofelia juega con la luz del sol que penetra la hilera de cristales: su cuerpo, muy delgado, deja escapar cierto resplandor; sus manos, sus brazos, son lavados delicadamente en la cascada de luz. Las sesiones, el silencio, duran una

hora, dos horas: Ofelia se mueve ágil, completamente perdida dentro de sí misma, inalcanzable, plena, rostro de niña, hasta que imprevisiblemente se aquieta y mira a Pablo con los ojos brillantes, como reconociéndolo después de mucho tiempo sin verlo, y le pregunta:

-¿Te gustó?

Pablo vuelve a la Ofelia de hoy, que distraída tira líneas para una coreografía en una cartulina blanca.

-¿Qué decías, Ofelia?

-¡Ah, regresó el señor! ¿Dónde estabas? Últimamente viajas mucho... Te decía que si me marcho de Mérida, quién me va a contar las historias.

-En Caracas puedes conseguir mejores. Es una gran ciudad, ocurren cualquier cantidad de crímenes cada día.

-Es verdad, pero aquí están los que me interesan... ¿Y cuál es el afán tuyo de que me vaya?

- ¿Afán... yo? Ninguno. Es que pienso que allá te puede ir mejor: ganar mucho dinero, hacer que te conozcan, y a tu trabajo.

-¿Y qué te hace pensar que yo quiero fama y dinero?

-¿No es acaso lo que todo el mundo quiere? Sí, ya sé que tú no eres todo el mundo...

Ofelia lo interrumpe:

-Pablo, mírame a los ojos. ¿Qué pasa, no quieres verme más?

Pablo queda en silencio unos segundos, y luego con voz poco audible dice:

-Después del viernes, no.

Ofelia busca los ojos de Pablo y le pregunta:

-¿Qué pasa el viernes...? ¿Dime, qué pasa el viernes?

Pablo de nuevo se pierde en si mismo, viaja más de veinticinco años, hasta su infancia: El con un par de amigos operan un ratón. Debidamente dormido con formol, el roedor yace boca arriba, con las cuatro patas atadas a estacas. Abel, hijo de un cirujano, el gordo Abel, con guantes de nylon y mascarilla, como sus dos asistentes, bisturí en mano, abre cuidadosamente el pecho del animal, hasta que quedan al descubierto sus órganos. Abel los identifica callado, y después los nombra. Pablo presencia asombrado la operación, en su interior se debate entre su repugnancia por las ratas y la conciencia dolida por ser coautor de un crimen; pues está convencido de que el animal no sobrevivirá. Abel, habiendo estudiado el interior, comienza a cortar un órgano de los que considera no indispensables. Pablo sufre en silencio, petrificado, incapaz de colaborar en nada, mientras el otro amigo limpia con gasa la sangre. Terminada la incisión, el cirujano, aguja e hilo en mano, cose de arriba hacia abajo la piel del ratón. Al finalizar lo desatan, y lo

llevan a la sala de cuidados intensivos en un rincón del jardín. Dos horas después, cuando regresan a controlar al paciente, ya no estaba. Los familiares de Abel, sujetos todos a un severo interrogatorio, negaron haber tomado el animal. Pasados varios meses, la madre dijo haber visto una rata con una gran cicatriz en el pecho.

Sonriente, Pablo regresa de su paseo por la infancia y observa a Ofelia, concentrada en sus rayas, y le habla:

-Te traje una historia. Esta vez intervengo yo directamente. Es de una mujer que mató a su hijo, y quieren que yo la defienda.

Ofelia lo mira fríamente, su rostro se toma duro. Pablo, luego de una pausa en que se miran escrutándose, prosigue:

-Se trata de una mujer muy bonita, de unos treinta años. Milita en una de esas sectas en que cantan todo el día, y piden perdón a Dios dando alaridos desde el piso. Lo cierto es que la cristiana subió a la terraza de un edificio de ocho pisos, y, engañándolo con que era un juego, lanzó a su hijo de siete años al vacío. Luego tomó un taxi y fue a entregarse a la judicial donde confesó su crimen. Esta mañana fui a verla a la Cárcel de Mujeres. La muerte de su hijo ocurrió hace apenas seis días, y ella está tranquila, sin remordimientos; yo diría que hasta contenta de estar presa. “La misión que Dios me ha encomendado, es llevar a mis hermanas reclusas por el camino de la fe”, me dijo. Me contó los pormenores del crimen como si me estuviera dando una receta de cocina, sin ningún rastro de

emoción. Al parecer se enteró por otros niños, que su hijo era una especie de mascota de algunos muchachos en el colegio, y que desde hacia tiempo era “tocado en ciertas partes que el diablo usa para llevarnos al pecado”, y la perdición. Y consideró, sin ni siquiera hablarle al niño, que era un caso perdido, que no tenía salvación, y que no merecía seguir viviendo para seguir pecando.

-Encantadora la señora -comenta Ofelia.

-Pero el sancocho no vino solo. El pan resultó ser el Pastor de su iglesia, que fue a contratarme para que asuma la defensa; pero con la condición de que quede en secreto su intervención. Fue muy parco al hablar, por lo que pude deducir, el esposo de la filicida la dejó cuando ésta ingresó en la iglesia, pues cambió completamente. Me imagino que comenzó a ver el diablo por todos lados, el pecado... El pobre hombre no podía predecir lo que le pasaría a su hijo.

-¿Y qué vas a hacer? -pregunta Ofelia.

-Todavía no he decidido nada, el caso no me gusta, la mujercita es intragable, con su fanatismo, enajenada completamente, alienada, idiotizada, y no sé qué otros adjetivos darle. Y como picante se le agrega la intervención de la prensa, pues el caso ha sido muy publicitado. En fin, todo un lío...

-¿Y tú tienes muchas otras cosas en qué pensar...?

-Sí, tengo muchas otras cosas en qué pensar.

-Yo también -replica Ofelia mirando observadoramente a Pablo-. En un asesinato...

-Ofelia, tengo que hablarte...

-Cuándo no.

-Escúchame, es muy importante. Quiero decirte algo que no te dije ayer.

-¿Y por qué no me lo dijiste ayer? -le dice Ofelia al abrir la puerta.

- Bueno... no se trata de lo que pensabas... de un asesinato, o algo por estilo; es otra cosa.

-¿De qué asesinato creías tú que se trataba?

-No sé, no importa. Te hablé de una mudanza tuya a Caracas, porque es lo mejor para ti... -asegura Pablo mientras sigue a Ofelia hacia la sala.

-Te refieres a la "mudanza del encanto". Gracias, pero mi vida la dirijo yo... Estamos claros. Aunque quiero proponerte algo...

-Lo que quería decirte es que me marché, no voy a volver a verte.

-Eso ya lo has dicho otras veces.

-Esta vez es en serio: ¡Me caso!

Ofelia mira a Pablo y le pregunta en tono burlón:

-¿Quién es la afortunada?

-No la conoces. Es una antigua amiga. Vivió mucho tiempo en el extranjero, y desde que regresó salimos juntos...

-Mérida es una ciudad pequeña, todos nos conocemos. Dame algún dato...

¿Y tú no hablabas de fidelidad?

-No eres honesta, Ofelia.

-Está bien, haz lo que te dé la gana, no me digas quién es; por lo menos yo podría darle el visto bueno... Es tu vida después de todo. Pero antes de que hagas lo que creas conveniente hacer, me gustaría que planeemos algo juntos... Digamos, una aventura de despedida... O me ayudas a planearla. Es decir, si no tienes que pedir permiso.

-No tengo ningún inconveniente en ayudarte; puedo hacerlo sin que medien tus sarcasmos.

-Muy bien, quiero asesinar a un hombre... Lo estuve pensando toda la noche: quiero que Leovigildo Hernández muera.

-¿Estás loca? ¿Me estás mamando gallo...?

-No, es en serio. Digamos que es una labor sanitaria que debemos hacer. Tú mismo me dijiste que es más peligroso preso que libre, pues desde la cárcel maneja toda una organización. Sabemos que saldrá millonario; dentro del penal consigue los casos donde hay dinero, y realiza las defensas a través de testaferros. Cuando salga, tendrá relaciones con delincuentes de todas las calañas, y será mucho más peligroso, y rico.

Pablo guarda silencio ante los argumentos de Ofelia, recuerda la cita de mañana viernes entre ella y Leovigildo. Piensa en el zángano que es asesinado por la abeja reina luego de copular. Y aunque discute a Ofelia la idea del asesinato, en su interior no la rechaza.

-Además (en vista de tus escrúpulos), no actuarías directamente -insiste Ofelia-. Sólo quiero que me confirmes ciertos datos, nada más. Tú puedes averiguar algunas cosas, tienes los mecanismos adecuados.

Pablo observa a Ofelia, la desconoce, piensa que ya no hay tiempo para ejecutar el “plan” antes del viernes: recuerda que está citado con Leovigildo el lunes, y debe ir al banco a sacar dinero. Luego le pregunta a Ofelia:

-¿Cómo puedo ayudarte? ¿Cómo diablos piensas hacerlo?

-Sabía que no me fallarías. He estado pensando cómo hacerlo, no te preocupes. Quiero que me ayudes en dos cosas: la primera, en planearlo de manera de no dejar rastros hacia nosotros... bueno, hacia mí, porque tú no intervendrás directamente; y la segunda, que me busques información sobre un hombre; averiguar si puede hacer el trabajo, si es el adecuado.

-Ya comienzo a preocuparme... Pero sigue, te escucho.

-A consulta psiquiátrica en el hospital, acudió un hombre, un guardia regional que dice haber matado a veinte personas; casi todas por dinero. El caso lo atendió uno de los estudiantes del postgrado, y en junta médica lo discutieron. Esto lo supe por papá, que estaba presente en la junta. Todos pensaron que el guardia fabulaba, inventándose lo de los muertos; pero Papá no está muy seguro del diagnóstico, y está preocupado, incluso me pidió que te preguntara, para saber si tenías alguna información sobre el hombre.

-¿Cómo se llama?

-Pablo Uzcátegui.

-Es riesgoso. Supongamos que sea un matón y no un loco, si fue al psiquiatra es porque quiere dejar de matar, que lo detengan, que lo castiguen... No sería de fiar.

-En la consulta dijo que la esposa lo hizo ir. Pero podemos utilizarlo: contratándolo sin que sepa quién lo emplea, pagándole la mitad anticipadamente...

-Estás viendo mucha televisión últimamente. ¿Y cómo crees que lo va a hacer? Acuérdate que Leovigildo está preso.

-Bueno, es guardia regional, y ellos son los encargados de la vigilancia de la cárcel. El cuartel de la guardia queda junto a la cárcel.

-Sí, pero los guardias tienen la vigilancia externa, ellos no pueden entrar a los pabellones, al recinto de la cárcel así como así, de buenas a primeras; para eso hay una guardia civil.

-Pero tú sabes que Leovigildo se lo pasa en la administración todo el tiempo, y yo vi guardias en esa zona el día que fui a visitarlo.

-Crees que lo has pensado todo. ¿Ya sabes quién te va a hacer la defensa?

-No te preocupes, no la harás tú. Me defenderá, si es necesario, Pedro Rangel.

-Piensa en otro, ése decidió irse al extranjero a vivir.

-Bueno, peor para él. No sabe lo que le espera. Seguro se lo llevó la mujer.

-Parece que vas a tener que borrarlo de tu lista.

-¡Qué más quisieras tú! Pero no nos desviemos del tema que nos interesa realmente. ¿Tienes alguna otra objeción que hacer?

-Veamos... ¿Cómo crees que el guardia va a efectuar el trabajo, si la administración está siempre llena de gente?

-No creas que lo he pensado todo. Ni siquiera estoy segura de que el fulano guardia sea el adecuado, a lo mejor está loco de remate. Pero eso lo vas a verificar tú, y también cómo ubicarlo. Por otro lado, no me preocupa cómo lo haga, pues si es realmente un profesional, y ha sacado de circulación a veinte sin que lo encarcelen, es porque sabe hacer su trabajo. ¿No te parece?

Pablo reflexiona sobre la coincidencia de su primer nombre con el del guardia, como si, aunque no interviniera personalmente, fuese el mismo Pablo quien lo matara. Luego regresa a Ofelia, a una extraña Ofelia, y siente el estómago desecho. La mira como si estuviese hecha de cristales rotos, filosos, sintiéndose imposibilitado de acercársele. Se para y camina hacia el impermeable, se lo pone, y se dirige a la puerta, a la lluvia nocturna. Al sentir el frío en el rostro, y sin voltear a mirarla, le dice a Ofelia:

-Hasta el sábado, abeja reina.

-Después de todo vino -le dice Leovigildo a Ofelia.

-Sí, pero no a lo que usted piensa.

-“Con paciencia y salivita le hizo el amor el elefante a la hormiguita”.

-Hasta poeta resultó el hombrecito, quién lo diría -replica Ofelia.

Leovigildo ríe ante el comentario. Ofelia, molesta, le pregunta a un funcionario que los observa desde un escritorio metálico oxidado:

-¿Hay algún preso al que llamen el elefante?

Cuando el hombre reacciona, dándose cuenta que le hablaron a él, ya Ofelia y Leovigildo caminan a sentarse en el sofá verde. Ofelia reinicia el diálogo:

-Necesito un favor suyo. Mejor dicho, necesito sus servicios...

-Vamos a ver qué se trae entre manos la mujercita. Desembuche antes de que se atragante.

-¿Cuesta mucho dinero matar a alguien?

-¿Y cómo quiere que yo sepa eso? -alza la voz Leovigildo sorprendido por la pregunta.

-Yo sé que por la cantidad adecuada usted es más sabio que el propio Einstein.

-Bueno... Depende del pago -dice Leovigildo mirándole las piernas a Ofelia-. Hay distintas maneras de cancelar las deudas.

Ofelia queda pensativa un instante. Mientras tanto, Leovigildo la desviste con la mirada.

-...Estoy dispuesta a pagar su precio.

-¿Y a quién quiere sacar de este mar de humildes y lágrimas? No, no me lo diga... pobre Pajarito... Bueno, vamos a conversar... pero no aquí.

Visiblemente contento se para y le habla al oído al funcionario que se encuentra en la mesa oxidada. Este, voltea a mirar a Ofelia y se marcha. Leovigildo se acerca otra vez a Ofelia y le dice:

-Por aquí no puede entrar, tiene que salir y llegar hasta la avenida Lora, por atrás de la cárcel. Estaremos solos, no se preocupe, a esta hora no hay nadie. Voy a buscar unas sábanas limpias.

Leovigildo camina hasta la puerta de seguridad que separa el área administrativa del área restringida, y grita apresurado:

-Puerta, Puerta...

-...Conversando con el Negro Rosendo -habla Rubén en su despacho- sobre las últimas actividades de Pablo en el bufete, apareció que Pablo le había ordenado investigar la dirección del tal sargento Uzcátegui. Como todos los casos que aceptábamos los seguíamos juntos, me extrañó, puesto que los dos siempre estábamos al tanto de todo lo relativo al bufete. Y desde luego, lo del sargento nada tiene que ver con ninguno de los casos que llevamos. Llegué en un primer momento a pensar que Pablo había aceptado una nueva defensa, sin informarme. Pero ni en los archivos ni en su escritorio conseguimos nada del nuevo caso...

-¿Y eso a dónde nos conduce? -pregunta el juez presenciando una silenciosa inquietud del médico.

-Bueno, como usted muy bien sabe -razona Rubén- el cuartel de la Guardia Regional se encuentra junto a la cárcel, y es el organismo a cargo de la vigilancia externa, y de la disciplina interna. Y esto quiere decir que Leovigildo Hernández, que se paseaba como Pedro por su casa por toda la cárcel, tenía acceso al sargento. En otras palabras, tanto Leovigildo Hernández como Pablo podían tener, o tuvieron, alguna relación con el sargento.

El médico, nervioso, se para y camina hasta el ventanal radiante de luz que se encuentra a espaldas de Rubén, y enciende un cigarrillo. Rubén gira su sillón siguiendo al médico, toma su portafolios y busca un recorte de periódico, y prosigue:

-Trataré de ser más explícito. Si revisamos los sucesos relativos al asesinato de Leovigildo Hernández, nos encontramos con que éste murió el

viernes al mediodía, coincidentalmente mientras la Guardia Regional intervenía dentro del recinto de la cárcel para detener una riña.

-Son sólo especulaciones, sin relación de causalidad, que no dicen mucho - afirma el juez.

-No, no es así -interviene el médico, sentándose otra vez frente a Rubén-. El muchacho va por buen camino. Pienso que Ofelia también pudo conocer al tal sargento. Bueno, eso creo... si se tratara del mismo hombre. Pero déjenme aclararles: hace un par de meses, almorzando con Ofelia, le conté una de esas historias curiosas que a ella le gustaban; se trataba de un guardia regional que asistió a una de las consultas de psiquiatría del hospital. Como es normal fue atendido por uno de los estudiantes del postgrado. Lo interesante fue que el dichoso guardia, en la primera sesión, se confesó autor de veinte asesinatos... Y esa misma mañana del almuerzo con Ofelia, nos habíamos reunido estudiantes y profesores del postgrado, para analizar varios casos, entre los cuales estaba el del guardia, y quien rápidamente, entre bromas, fue etiquetado como paranoico esquizofrénico; siendo por lo tanto, sus crímenes imaginarios. Pero yo no quedé satisfecho del todo con el diagnóstico, había piezas que no calzaban.

-¿Y usted cree que es el sargento Uzcátegui? -pregunta el juez mientras Rubén mira expectante.

-No lo sé -contesta el médico-. Sé que no le di el nombre, ni siquiera lo recuerdo, pero no le debió ser muy difícil averiguarlo; le bastaba con revisar mis archivos en la oficina del hospital, mi secretaria la conocía. Ya lo había hecho otras veces, su curiosidad era insaciable.

-¿El guardia siguió asistiendo a la consulta? -pregunta Rubén.

-Tengo entendido que sólo fue dos veces -responde el médico.

-¿Por qué no llama ahora al hospital a verificar el nombre? -sugiere el juez al médico.

-Mi oficina está cerrada, hoy es sábado... Pero tal vez el residente de psiquiatría lo recuerde. Intentémoslo... ¿Cómo es que se llama?

-Pablo Uzcátegui, sargento Pablo Uzcátegui -insiste Rubén mientras le acerca el teléfono al médico quien inmediatamente marca...

-¿Me llamó, doctor Rubén? -dice el Negro desde la puerta.

-Sí, pasa, quería hacerte una pregunta: ¿Cómo es el tal sargento Uzcátegui, qué aspecto tiene?

Rosendo entra, se para junto al escritorio y comienza a describir:

-Es un hombre moreno, alto, como de un metro ochenta, de cincuenta años aproximadamente, hombros anchos, brazos alargados... Tiene la quijada ancha, mostachos, pómulos salientes y los ojos hundidos...

-Gracias, Negro -le dice Rubén sonriente, y el hombre se retira.

-¿Siempre es tan detallista? ¿Y por qué lo llama Negro si es rubio? - pregunta el juez.

-Trabajó diez años con Pablo, es muy eficiente. Aunque me da la impresión de que las clases de criminología han influenciado un poco su descripción (Rosendo es ahora mi alumno en la universidad). Y lo de Negro es un sobrenombre que Pablo le puso, porque Rosendo se quejaba de trabajar como un negro -responde Rubén-. Pero ahora sigamos con lo que nos interesa.

-Sí, tengo información valiosa -señala el juez.

-Lo escucharemos -le dice Rubén.

-Como habíamos quedado, visité la cárcel. El Director resultó ser bastante amable, y no puso ninguna traba a lo que le pedí. Revisamos los libros que registran las visitas de los abogados: Pablo fue veinticinco veces desde que Leovigildo estaba detenido, pero supongo que también visitó a los presos que el defendía; Ofelia en cambio, fue sólo dos veces: la primera un lunes y la segunda el viernes siguiente, quince y diez días antes de la muerte de Pablo. En las dos ocasiones se entrevistó con Leovigildo Hernández. En la última visita, como todos parecen haberse enterado en la cárcel, ella entró por la puerta trasera... por donde entran las mujeres de los reclusos a acostarse con ellos.

El médico parece envejecer veinte años al escuchar al juez. Rubén, haciendo un esfuerzo por mostrar frialdad, toma la palabra...

-Son sólo conjeturas -objeta el juez-. No hay elementos de juicio reales: cualquier Fiscal se reiría de nosotros si nos presentáramos con estos... hechos aislados.

-Hace tres días no teníamos ni siquiera conjeturas -discute Rubén.

El médico hace un gesto con los labios, como quien desea hablar pero no puede, hasta que finalmente dice:

-Estamos reunidos aquí desde hace una hora, ya nos juntamos antes... Y todo para discutir, para hurgar en la vida de nuestros hijos; llegamos a especular, a razonar con argumentos que pudieron incluso matarse entre sí... ¿Qué clase de hombres somos...? ¿Quién dijo: "El hombre es un Dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona"...? ¿Holderlin...?

-Creo que tiene razón -manifiesta el juez-. Deberíamos olvidarnos de todo...

-Yo no quise decir eso -refuta el médico emocionado-. No podemos darle la espalda a la verdad, a los resultados de nuestras obras. Pasamos nuestras vidas sumando títulos, ascensos, triunfos, y ahora cuando somos viejos nos ponen condecoraciones y nos hacen homenajes... Pero no, no podemos darle la espalda a nuestros fracasos. ¿Acaso no mirábamos a nuestros hijos con orgullo, sintiéndonos responsables de sus logros...? ¿Cuántas veces vi a Ofelia bailar?, y sentía que la belleza y los movimientos de su cuerpo eran continuación del mío... Asumamos entonces también su detritus... Su mierda... nuestra mierda...

El médico se detiene como para tomar aire, y repentinamente prosigue dirigiéndose al juez:

-Usted, Pedro, no engaña a nadie escondiéndose detrás de su rivalidad con Pablo, de su conflicto por Helena. El esposo celoso de su propio hijo, padre e hijo

enfrentados por la esposa y la madre, como si no hubiera suficiente amor para ambos... Y usted continúa la lucha después de la muerte de los dos... En su mente los espectros de sus seres queridos sobreviven, y sobrevive increíblemente también su cruzada. Pero no puede negar Pedro que detrás de todo ese resentimiento contra su hijo no estaba orgulloso de él, de su obra. ¿Acaso no era él, su trabajo, lo que mitigaba los cargos de su conciencia, por haber seguido toda su vida la filosofía de castigo al delincuente, de ojo por ojo diente por diente, sin miramientos a la condición humana, a las circunstancias... sin clemencia? ¿No era Pablo quién equilibraba la balanza de su justicia, quien lo compensaba?

El juez permanece inmutable, sorprendido, escucha cosas que sabía muy en su interior, pero que no se atrevía a decir ni a sí mismo. Rubén se mantiene atento, sin hacer el más mínimo movimiento, queriendo ser invisible, conteniendo en lo posible la respiración, mientras el discurso del médico sigue ahora mas pausado:

-...No lo juzgo, Pedro, ¿quién soy yo para juzgarlo? Yo también cometí errores, usted mismo me reprochó el miércoles no haber educado bien a Ofelia... Ella siempre hizo lo que quiso, sin pautas ni directrices, creí entonces que era lo mejor... Ya es tarde para rectificar... ¿Y qué encontramos si miramos otros aspectos de nuestras vidas? ¿Cuántas veces en nuestro trabajo transamos en cosas que no estábamos de acuerdo, a sabiendas que podría traernos beneficios futuros? Llegando incluso hasta el cinismo de adecuar nuestra filosofía a las circunstancias, a los errores, para justificarnos... Creíamos que nuestro bienestar

sería el de nuestros hijos, o que lo hacíamos por ellos, pero era mentira, la más grande mentira; cada vez que cedimos, que transamos, pusimos nuestro aporte para la terrible situación que vivimos hoy en nuestro país, de la que tanto nos quejamos; y por qué no, un ladrillo para las tumbas de Pablo y Ofelia. Pero ya no podemos cambiar el pasado... Y sin embargo somos tan respetables... Ya no nos queda nada, Pedro. ¿Cuál es nuestro futuro? ¿El mejor ancianato que nuestro dinero pueda pagar? ¿La soledad? Creo que tenemos, que nos debemos a nosotros mismos un poco de dignidad. ¿Cuánto nos queda de vida? ¿Tres, cinco años con suerte? Pues cerremos dignamente nuestro ciclo, enfrentemos nuestros recuerdos con la cara en alto, sin rehuirles, conscientes de nuestras miserias... Dejemos a un lado el orgullo, de qué nos sirve a estas alturas. La única alternativa es la verdad, por muy áspera y dolorosa que sea... Pues ese poco de dignidad que ganemos con esa verdad, será sólo lo que nos quede, lo único que nos sostendrá de pie frente al espejo, que nos permitirá mirarnos sin temor.

El juez se siente liquidado, hubiera querido poder marcharse pero era incapaz de emitir el menor gemido por su boca. Internamente se debate entre la indignación y la certeza de la realidad de lo que había escuchado. Lentamente su rabia fue creciendo, hasta ser vencida por los argumentos del médico; él no intervino en la lucha, sintió como si sólo hubiese prestado el escenario, sin arriesgar nada, sabiendo que se iría con el vencedor, fuese quien fuese. Poco después de terminar, el médico voltea su pesado cuerpo en dirección de Rubén, y le habla amablemente:

-Disculpe a este par de viejos que pretenden tan tardíamente aprender a vivir.

Rubén reacciona con un movimiento brusco en su silla giratoria, sin saber qué decir, para luego balbucear:

-Por mí no se preocupe, doctor.

-¿Cuántos años tiene, muchacho? -pregunta el médico.

-Treinta.

Responde Rubén, incómodo consigo mismo, pues había mirado en su interior, y se había descubierto como el iniciador de la cadena de sucesos que estaba afectando tanto la vida de los ancianos. Los había reunido tras un impulso originado por el dolor por la pérdida de sus amigos, por su impotencia para esclarecer el misterio de sus homicidios. Nunca imaginó que iba a ocasionar un enfrentamiento como el que acababa de presenciar; no sólo un enfrentamiento entre ellos, como personas de vidas y valores distintos, sino en ellos mismos, frente a sus propias historias personales, frente a sus vidas. Y lo peor para Rubén, fue descubrirse observando el drama que acababa de ocurrir, desligado de la rabia y el dolor que originó su búsqueda, jugando fríamente en un reto personal a su inteligencia, a sus conocimientos, para descubrir la verdad sobre los crímenes. Jugando en su interior con ser el Inspector Maigret, mientras la otra cara de la moneda, del mismo deporte, era la desnudez, el dolor de los ancianos. Se sintió avergonzado, pensó en olvidarlo todo, en salir corriendo, pero de inmediato se dio

cuenta que no podría hacerlo, pues era un juego cuyas reglas impiden a los participantes dejarlo.

Y como para incrementar más su culpa, el médico dijo a continuación:

-Parece que tenemos mucho que aprender de nuestro joven amigo, ¿no es así, Pedro...?

-“...Comencemos por Leovigildo Hernández -toma la palabra el médico-. Su muerte fue ocasionada con un arma punzo penetrante que pasó entre las costillas hasta alojarse en la aurícula izquierda del corazón. La trayectoria del arma fue frontal con una ligera inclinación de derecha a izquierda.

-¿Con un punzón de romper hielo? -pregunta Rubén.

-Muy probablemente -contesta el médico-. Su muerte fue instantánea, una sola punzada. Según el patólogo fue un trabajo muy profesional.

-¿Lo sorprendieron, o se defendió? -pregunta el juez.

-Al parecer lo sorprendieron, no tuvo tiempo de nada pues no había ningún otro indicio de violencia en el cadáver, ni en su vestimenta.

-Esto puede significar que lo ejecutó una persona conocida -comenta Rubén- para poder acercarse tanto a Leovigildo sin que sospechara nada. Recordemos que había conflictos en el patio de la cárcel, y Leovigildo fue asesinado en la sección administrativa. Seguramente todo el personal estaba en

las ventanas que dan al patio cuando pasaron los guardias a imponer el orden... Digamos que Leovigildo se quedó solo en una oficina, o bien, el guardia le dijo que quería hablar con él...

-Pero esto nos da a entender que Pablo pudo haber pagado para matar a Leovigildo -reclama suavemente el juez.

-No lo sabemos todavía, todo está muy confuso... -señala el médico en tono conciliador-. Lo único que podemos decir ahora, por la trayectoria del punzón, es que el asesino es derecho, ya que el metal penetró de izquierda a derecha, habiendo sido tomado con la punta hacia el pulgar.

-Pudo haber sido un zurdo atacando por la espalda -cuestiona Rubén-

-Lo mismo le planteé al patólogo, pero me dijo que el brazo izquierdo de la víctima hubiera sido un obstáculo; por otro lado, para ser tan certero necesitaba ver. El considera que fue un diestro, probablemente más alto que Leovigildo; esto lo dedujo por la horizontalidad de la trayectoria; a no ser que Leovigildo estuviera sentado, pero ningún informe refleja eso.

-Leovigildo medía como un metro setenta y cinco -informa Rubén.

-¿Usted lo conocía? -pregunta el médico.

-Era imposible no cruzarse con él en los tribunales; además gozaba de una especie de aureola negra que lo distinguía -responde Rubén.

-Eso es lo más resaltante en cuanto a Leovigildo -concluye el médico.

-Estuve hablando con el juez instructor -anuncia el juez Ruiz- Los expedientes de los tres casos cursan por separado, pero un solo juez conoce los tres casos. En relación a la muerte de Leovigildo, señaló que no descartan que haya sido otro preso, pues en el área se encontraban cuatro haciendo labores de

limpieza, aparte de Leovigildo; también estaban seis funcionarios del ministerio de justicia, y los veinte guardias que entraron a detener la riña en el patio.

-Todos fueron interrogados, los funcionarios estaban en las ventanas viendo la riñas y los guardias pasaron trotando por la administración peinilla en mano en dirección del patio. Nadie vio nada sospechoso hasta que se descubrió el cadáver.

-¿Pasamos al segundo caso? -pregunta el médico con voz tenue, sin mirar al juez, luego de escoger una hoja entre varias-. Pablo: herida mortal causada por un disparo de revólver calibre treinta y ocho, hecho a corta distancia dejando tatuaje en la parte baja del rostro. La bala entró por la boca causando daños en la dentadura, para continuar en dirección ascendente atravesando el paladar y el cerebro, para salir por el parietal derecho. Muerte instantánea.

-Tampoco hubo testigos, algunos vecinos escucharon la detonación, como a las ocho y media, pero no le dieron importancia. Tenía el auto encendido cuando fue descubierto el cuerpo -agrega el juez.

-Por las características, esta vez fue un zurdo quien disparó - observa Rubén.

-Sí, eso parece -contesta el médico-. Pero acordémonos que los carros tienen el volante del lado izquierdo, y desde afuera, para buscar un ángulo más efectivo para matar al chofer, el asesino debía usar la mano izquierda. Desde luego esto no significa que no haya sido un zurdo, sino que si hubiese disparado con la mano derecha debía hacerlo en el cráneo directamente, con muchas más probabilidades de que sobreviviera. Esa es la opinión del patólogo jefe.

-Especulando con la idea de que los tres fueron víctimas de un mismo hombre. ¿No es así? -cuestiona el juez-.

-Sí -responde el médico-. Pero el forense tiene mucha experiencia, y parecía saber lo que decía. Sé que yo no lo llevé a pensar eso, pues fue poco lo que hablé con él.

-Es lo que la prensa ha mencionado todo el tiempo -aclara Rubén-. Visto desde afuera pareciera que los tres fueron víctimas de un complot. Y es por esa razón que no se ha descubierto nada, pues parten de un falso supuesto.

-Todavía no tenemos ninguna certeza -enfatisa el juez-. Creo que deberíamos interrogar al sargento.

El médico deseoso de terminar su informe, pide que lo dejen seguir y haciendo un esfuerzo habla:

-Ofelia: ...murió aproximadamente a las tres y treinta de la madrugada del martes, noche del lunes. Fue herida con arma blanca punzo cortante: tres cortadas profundas en el cuello, abdomen, y bajo vientre. Fue objeto de abuso sexual; no se determinó si lo hicieron en vida o después del deceso. Por la trayectoria de izquierda a derecha de los cortes, se supo que el asesino era derecho.

-No se descubrió rompimiento alguno en la puerta y ventanas de la casa - complementa el juez-. El asesino entró con ella; probablemente la estaba esperando y la amenazó para entrar. El examen dactiloscópico de la policía fue

infructuoso. Debió limpiar todo lo que tocó, o usó guantes. El único rastro que dejó fue el semen...

Un breve silencio se creó al terminar el juez, luego el médico pregunta:

-¿Qué vamos a hacer ahora...? Ustedes son los que saben de leyes.
¿Llevamos lo que tenemos a la Judicial?

El juez y Rubén contestan al unísono:

-¡No!

Luego el juez argumenta:

-Sería perder el tiempo, podríamos pasar meses esperando el desenlace...

-Además -agrega Rubén- la Judicial debería haber llegado a donde estamos nosotros, incluso mucho más lejos. Por eso yo insisto en que hay gato encerrado; ellos son eficientes cuando no tienen interferencias, cuando no chocan intereses con su investigación...

-¿Entonces qué vamos a hacer ahora? -pregunta el médico.

-Todavía hay muchos cabos por atar -responde Rubén-.

-Tenemos que seguir haciendo preguntas. Hay que averiguar sobre la vida del guardia... No nos apresuremos...

DIARIO EL LIMITE: Fecha: 23 de Agosto de 1985.

Titular: RESUELTO EL ENIGMA DEL AUTOR MATERIAL DE LOS
BOGADOS ASESINADOS.

Por J E M

En una inesperada rueda de prensa convocada por el doctor Pedro Ruiz, antiguo juez Superior Penal de Mérida, efectuada en horas de la tarde de ayer en las que otrora fueran las lujosas oficinas del malogrado abogado Pablo Ruiz Pinto, quien fue una de las víctimas de este horrendo caso, se informó a los representantes de todos los medios de comunicación que se encontraban presentes, los pormenores del mencionado triple homicidio.

A las cuatro, hora exacta fijada para la rueda de prensa, el juez Ruiz, actualmente jubilado de su magistratura, leyó un escrito que, al final y sin contestar las preguntas de los comunicadores sociales, repartió a cada uno de los presentes. Dicho comunicado decía textualmente lo siguiente:

“Como resultado de las investigaciones dirigidas por el doctor Rubén Fariñas (quien fuera socio en el Bufete de mí hijo Pablo Ruiz), y en la cual participamos también el doctor Luis Alfonso Viera, el señor Rosendo Camacaro y el suscrito Abogado, se determinó, sin lugar a dudas, que el autor de los tres homicidios perpetrados en las personas de los profesionales del derecho: Ofelia Viera La Rosa, Leovigildo Hernández y Pablo Ruiz Pinto, fue el sargento Pablo Uzcátegui, quien prestaba servicio activo en el Batallón General de

Brigada Pablo Gargallo de la Guardia Regional, acantonado en esta ciudad de Mérida.

La culpabilidad del citado Pablo Uzcátegui, quedó plenamente demostrada con la medida de Incautación Judicial, efectuada por el Juzgado Noveno Penal a cargo del doctor Isidro Molina, de las armas con que se llevaron a efecto los imperdonables crímenes. Dichas armas fueron sometidas a los peritajes correspondientes, resultando ser las usadas en los hechos por todos conocidos.

Como complemento probatorio de la culpabilidad del referido antisocial, se suma la confesión completa efectuada por éste, libre de apremios, frente a las ya mencionadas cuatro personas que intervinimos en la investigación.

Tal como fue reseñado en los periódicos locales, el sargento Pablo Uzcátegui falleció en un “extraño” accidente automovilístico en la carretera entre San Cristóbal y San Antonio del Táchira, cuando perseguido por la Policía Judicial pretendía alcanzar la frontera con Colombia.

Quiero dejar constancia de que en la investigación, y posterior descubrimiento del autor del triple crimen, no hubo participación ni

colaboración de las instituciones policiales que por disposición expresa de la ley deben actuar en estos casos.

Atentamente.

Firmado. Doctor Pedro Ruiz Fonseca.”

Como era de esperarse, en un caso de gran importancia como éste, muchas fueron las interrogantes que quedaron sin explicación. Lo cual trajo como consecuencias el acoso de los periodistas al doctor Ruiz, que pretendían cumplir con su deber de informador. Pero a pesar de la insistencia el juez permaneció hermético. Nada se dijo de las razones que motivaron al sargento Pablo Uzcátegui para cometer los crímenes. Tampoco se mencionó la posible existencia de un autor intelectual que fuese el origen primero de los hechos cuyo espectacular desenlace conocemos. Motivados por las mencionadas inquietudes, acudimos a la sede del Juzgado Noveno Penal donde conversamos con el juez titular, el doctor Isidro Molina, quien declinó dar cualquier información por estar el expediente en sumario. Igual suerte corrimos al entrevistar al Inspector Jefe de la Policía Judicial, quien también se negó a hablar del caso.

Una vez más, la opinión pública tendrá que llenar el vacío de la información certera y concluyente, con “rumores”.

DIARIO EL VIGIA. Fecha: 1 de Septiembre de 1985.

EDITORIAL

La negación de las autoridades competentes a tratar cualquier punto relativo al Triple Asesinato de los Abogados, no debe extrañarnos. Recordemos que fueron los familiares de las víctimas quienes desentrañaron gran parte de la verdad, quedando pendiente el establecimiento de los autores intelectuales. Pero el caso no ha terminado, un nuevo escándalo se ha desencadenado producto de las revelaciones de un diario capitalino que informó que desde un primer momento la Policía Judicial de Mérida estaba en conocimiento de la identidad del causante del triple homicidio. Muchas interrogantes nacen a partir de esta afirmación que pone en entredicho la credibilidad e idoneidad de un cuerpo policial, ya tan desprestigiado.

La seriedad del diario que hizo la citada revelación, es incuestionable, y la fuente que la originó parece ser, según han sugerido, del propio cuerpo policial. Pero regresemos a la noticia: no sólo sabían quién era el asesino, sino que éste era un conocido sicario que venía actuando con impunidad desde hacía tiempo. Y por si fuera poco, señaló el informante, en las ocasiones que se investigó actuaciones del sicario, “ordenes superiores” impidieron su detención y posterior enjuiciamiento; siendo la razón por la cual esta vez tampoco se le detuvo, pues los funcionarios que tenían a cargo la investigación del caso temían la intervención de sus superiores, y la consiguiente paralización de la investigación.

A todo esto, como era de esperarse, los jefes del cuerpo policial, encabezados por el Ministro del Interior, no tardaron en negar la veracidad de la información. ¿Pero, cuándo las autoridades reconocen fallas en nuestras instituciones?

Y desgraciadamente el escándalo no termina en esa rama del Estado, sino que involucra también al Ministerio de Defensa, donde el asesino prestó sus servicios toda su vida adulta. No les es posible negar que el sicario perteneció por casi una década al Cuerpo de Rastreadores del Ejército, participando en la lucha antiguerrillera, y siendo, por si fuera poco, condecorado tres veces por su “disciplina y valentía”. Tampoco podrán negar que en la misma época que cometió el Triple Crimen era integrante activo de la Guardia Regional. Cabe preguntarse: ¿cuál es el criterio que se usa para elegir a los defensores de nuestra institucionalidad?

Si analizamos con detenimiento todo el panorama que este escándalo muestra, así como el de tantos otros a que nos hemos venido acostumbrando en nuestro país, nos es fácil llegar a la conclusión de que las autoridades han olvidado su atribución de aclarar la VERDAD e impartir JUSTICIA, y que estas atribuciones las está ejercitando, hasta donde le es posible, la PRENSA LIBRE.

Es una tarde de sol radiante, de calor. Tarde de domingo. Por la Avenida Andrés Bello baja un Chevrolet azul marino. El Negro Rosendo, con intraficables lentes oscuros, conduce, orgulloso de su última pesquisa: a través de un amigo

perteneciente a la Guardia Regional, había averiguado que el sargento Uzcátegui participó, estando en el ejército, en la lucha contra la guerrilla de los años sesenta; cuando tomaba solía hablar de subversivos lanzados desde helicópteros, de sesiones de tortura. Uzcátegui resultó ser un hombre solitario, que gracias a sus historias se ganó de los demás guardias un respeto que raya en el temor.

Junto a Rosendo, en el puesto delantero del automóvil, viaja Rubén Fariñas. La noche anterior se había entrevistado con un bailarín llamado Isis, integrante del grupo de danza de la universidad, quien no acudió a la policía, pero deseoso de contar lo que sabía no omitió ningún detalle a Rubén: Ofelia, ocho días antes de su muerte, le había pedido que llevara un sobre al sargento Pablo Uzcátegui en el Cuartel de la guardia regional: vestido de mujer, y maquillado por la misma Ofelia, Isis llevó la encomienda a su destinatario; dos días después, con el mismo atuendo, le llevó al sargento otro sobre más grueso a un café frente al cuartel de la guardia. Como Ofelia se negó a dar explicaciones a su amigo, Rubén supone que en el primer sobre le propuso al sargento realizar uno de sus trabajos como sicario de la muerte; si el hombre aceptaba debía llamar, a determinada hora, a un teléfono público que podía ser un restaurante, o una oficina, para acordar el precio y otros detalles del trabajo, sin que Ofelia se expusiera; posteriormente mandó, en la segunda visita de Isis, un sobre con dinero y los datos útiles. Al final Isis contó a Rubén que Ofelia se había quedado en su apartamento la noche anterior al asesinato de Pablo, que no había dormido y estuvo muy nerviosa e irascible hasta que se marchó en la mañana, de un ensayo, al enterarse del suceso.

En el asiento trasero, del lado del chofer, va el doctor Viera. Había conseguido la historia médica de Pablo Uzcátegui. Además, en base al balance bancario de Ofelia, pudo establecer que al igual que Pablo había sacado fuertes sumas de dinero de sus cuentas personales.

Junto al médico, se encuentra el juez Ruiz. En la mañana se entrevistó con el comandante de la Guardia Regional, quien lo recibió en su casa, muy amable al principio; cuando el juez le mencionó a Pablo Uzcátegui, el coronel se tornó hosco, y dijo apenas distinguirlo entre el contingente de hombres que conforman su tropa, asegurando no recordar ningún dato o hecho particular del sargento.

El automóvil desciende raudo por la angosta y casi desierta calle principal de La Parroquia. Al pasar por la Plaza Bolívar, Rubén ve varios niños jugando; sonrío, no puede evitar citarse en ese mismo lugar no hace muchos años, de pantalón corto, lanzando al aire su trompo sedita. Pocas son las palabras que los cuatro hombres intercambian en el trayecto.

Al llegar, identifican una casa que sobresale de la serie por sus innumerables reformas. Rosendo baja con un periódico en la mano. Rubén toma su lugar al volante. Una mujer de mediana edad atiende el llamado del timbre. Luego, Rosendo regresa hasta el auto y desde la ventana les habla a sus ocupantes:

-El sargento Uzcátegui viajó en una comisión de servicio a Managua buscando un fugado de la cárcel...

Santiago 1989.

ACLARATORIA

Los hechos narrados en la anterior novela, así como los personajes, son ficticios, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Los personajes no se hacen responsables por los dichos del autor y, en consecuencia, el autor no se hace responsable de los dichos de sus personajes.

